

REVISTA NACIONAL

DE

LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES

Año I

Montevideo, 10 de Noviembre de 1895

Número 17

REDACCIÓN:

Daniel Martínez Vigil.
Victor Pérez Petit.
Carlos Martínez Vigil.
José Enrique Rodó.

APARECE LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital, por mes	\$ 0.50
En campaña	" 0.60
En el exterior	" 0.70
Número suelto	" 0.30

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN:

Librería Nacional, de Barreiro y Ramos.—Librería del Ateneo, de Sierra y Antuña.—"El Anticuário",—Joya Literaria, de Cuspinera, Teix y C.^a

ADMINISTRACIÓN:

CALLE TREINTA Y TRES, NÚM. 219

SUMARIO:—GUINALDAS Y CORONAS, por *Clorinda Matto de Turner*—COLABORACIONES DE ENRIQUE GÓMEZ CARBILLO, LA SIENNA, por *Daniel Martínez Vigil*—OFICINA DEL AMOR, por *Adela Castell*—REINCA, por *Julio Margaritis Rocca*—EL MELÓN DE INVIERNO, por *Enrique De María*—RAPSONIA, por *Dorila Castell de Orozco*—EL AMERICANISMO LITERARIO, por *José E. Roa*—LA TROCHA DEL VIERNO, por *Carlos Martínez Vigil*—EL DISCÍPULO DE CANTO, por *Ramón de Santiago*—EDUARDO Y JULIO DE GONZAGUE, por *Victor Pérez Petit*—A LA MUERTE, por *Constantino Becchi*—EL PRIMER HONORARIO, por *José Antonio Mora*—LA MESA DE ANTONIO, por *Gerardo García Hamilton*—TO CANTAR, por *Gonzalo Lavriera Varela*—LIBERTAD PERSONAL, por *el Dr. Carlos Martínez Vigil*—NAVEGACIONES DE LA LAGUNA MERIM, por *el Dr. Pablo Zufriategui* (hijo).

Guinaldas y Coronas

PINTURA DE AGUAZO

A César Orozco, del distinguido ejército uruguayo.

Allá, en el templo de la meditación, donde existe el altar blanco recamado de oro; donde las nubes forman cortinajes suspendidos por repliegue azul y suena el clarín del ángel de la gloria, dando la nota del triunfo, estaba la diosa de las recompensas tejiendo una guinalda de palma y laurel, encina y roble.

Al otro confín, sobre la enhiesta roca, donde crece solitaria la penca repleta de abrojos, el magüey triste y la balsamina de raíz aérea, la Ingratitud y la Envidia con manos enjutas y pálidas, de cuclillas una enfrente de la otra, tejian, también, una corona de espinas que con sus aceradas

puntas había sangrado los dedos de las pálidas.

Eran los postrimeros días de la guerra.

Las ciudades desoladas, la ceniza del incendio, los ayes de los heridos y las puertas de calle entornadas como en duelo íntimo, daban a la naturaleza el aspecto del terror, y en la desierta capital sólo resonaba el eco de los tacones de las botas milicianas y del sable arrastrado sobre las baldosas.

Mi querido Perú, trono de la gloria y de la fortuna en otros tiempos, entonces era el despojo sangriento del negro buitre que clavó sus garras en el corazón de la paloma de plumaje blanco y rosados pies.

La reina ultrajada escondía su altiva frente entre los cendales del martirio, agobiada por un dolor sin ejemplo. En los risueños campos de primavera ya no se veía la yunta del labrador, ni el caballo de ojos negros y dilatadas fauces relinchaba al cruzar el llano de gramadales, ni menes, aún, rumiaba la llama al empujar la puna cargada con los fiambres del minero audaz.

—¿Es mi patria ya cautiva?—preguntábase el adolescente, en cuya limpia boca no sombreó el bozo del púber aguerrido y nervioso.

—¿Cautiva? ¡Jamás! ¡Jamás!—respondió un guerrero armado con el palo de los rejoneros, cruzando como un celaje por el campo del exterminio.

¡Jamás!—repitió el eco de la quebrada. ¡Jamás! repercutió en las altas cumbres de los Andes, descendiendo luego de la montaña al valle, en cuyas llanuras de esmeralda estaba un soldado de pie, asido al pabellón bicolor, rodeado de sus valerosos breñeros.

¡Cómo fué de audaz el corazón que alimentaba la idea de la resistencia armada! ¡Cómo de férreo el brazo que sostuviera la enseña de la patria santa y bendecida!

Derrotado al crepúsculo de la tarde en desigual batalla de uno contra ciento, al amanecer volvía a rehacerse y atacar otra vez. Este prodigio de resurrección bélica le hizo llamar por el enemigo el *Brujo de la sierra*, mientras que los nuestros le apellidaban el *bravo adalid del kepís rojo*.

Ya no era Grau llevándose el alma del Perú todo hacia las encrespadas soledades del océano, cuyas aguas surcadas por el *Hudscar*, tintas con la sangre del héroe de Angamos, salpicaban el sudario de la Gloria; ya no era Bolognesi ofreciendo quemar el último cartucho en la cumbre del *Morro* bautizado con la sangre del ínclito anciano de los cabellos de plata; ni Villavicencio en la escotilla de la *Unión* burlando y desafiando la poderosa escuadra enemiga: era Cáceres encarnando la última esperanza de la Patria en la cima del *Sazón* y *Huamachuco*; en la puna, en la costa, en la sierra!...

Huamachuco! Allí pelearon los peruanos y murieron con la muerte de los romanos, y de el montón informe de cadáveres, el soldado del kepís rojo salvó el pabellón nacional, que llevado a la ciudad de los Virreyes se enarboló siempre límpido, siempre hermoso en el palacio de gobierno, donde por la crueldad del destino y la injusticia americana tremoló el pendón de la estrella solitaria.

¡Cáceres!

¡En dónde hubo un nombre más vitoreado; qué plantas hollaron, jamás, desde San Martín a Bolívar, mayor cantidad de flores; cuáles oídos escucharon tal coro de alabanzas cortesanías, ni qué olfato aspiró más denso el humo del incienso perturbador de los grandes?

El palio del templo desplegó sobre varas de plata el recamado tisú para recibir el kepís rojo; la palabra del sacerdote encontraba estrecha la cátedra sagrada para demostrar a los pueblos el valor, la constancia y la grandeza de aquel hermano de los Macabeos; las columnas de los periódicos azotaban el calificativo en honor del patriota; la piedra litográfica multiplicaba la imagen del ídolo del «pueblo justiciero»; la lira del poeta, en rivalidad con la inspiración del dramaturgo, llenaba el Olimpo y la escena con la rima y la apoteosis al kepís rojo.

Es que su sangre corrió por la patria; sus esfuerzos fueron sin cuartel contra el enemigo; sin descanso por la integridad del territorio.

¡Cáceres!

Llegó también, a la hora, la diosa de las recompensas con su túnica alba y los pies encerrados en borceguíes de raso aurora.

—Guerrero! inclina la frente—dice—que he de circundarla con el blasón ganado merecidamente.

Y la guinalda de palma y laurel, encina y roble, lució sobre la cabeza erguida del hijo del Perú.

Blancas nubes que se evaporan, celajes de fuego que se cruzan, también son inquietos é inconstantes como el afecto de los hombres y de los pueblos.

Los pueblos y los hombres aman y odian con frenesí.

Entre la apoteosis de la hora azul y la injusticia del día negro apenas existe una línea trazada sobre la arena que mueven los vientos que vienen y se van.

¡Qué se ha hecho el guerrero de la guinalda de palma y laurel, encina y roble, orgullo de la patria?

¡Hablan de él con la lógica de los atenienaces que condenaron al ostracismo, porque se cansaron de oír llamar el justo al noble Aristides?

Nadie responde. La ceniza del oprobio

está derramada por doquiera; no se entienden los unos con los otros.

Ellas también, Envidia e Ingratitud, llegan a su turno y dicen:

—Guerrero, inclina la frente, que hemos de ceñirla con el emblema que muchos soportaron.

Y la corona de espinas quedó sobre la cabeza reverberante con los cabellos de plata, pero siempre erguida del hijo del Perú.

La inmensidad del Océano!...

La llanura que es otro mar!...

Y sobre los dos el espacio azul!

¡Patria!

¿Qué? La proscripción no es un mal nostálgico cuando es casi nuestra la playita amiga que da hospedaje al desterrado.

El suelo de San Martín reservaba hogar y honores para el kepis rojo.

Los próceres de la guerra independiente, levantándose del lecho del mármol, dieron voces de vivac.

—¡Soldado del Perú! eres digno descendiente de nosotros.

—¿En qué lo habéis conocido? No viste uniforme, no trae insignias, ni la espada de pomo cincelado.

—Oh! Cíñe su frente la corona de espinas, patrimonio nuestro!...

Un coro de voces entusiastas resonó en el escenario.

La juventud universitaria de la Argentina, con el corazón puro, que late acelerado cuando se le habla de patria y de valor, se le acaba de presentar.

Los nietos de Belgrano, de Nicochea, de Pacheco, de Encalada y de Pedernera, conduciendo enlazados los pabellones peruano y argentino sobre cuya asta oscila la guirnalda de palma y laurel, encina y roble, tejida por la diosa de las recompensas, se adelantan hacia el hijo del Perú para rendirle homenaje de amistad.

El redoble de los atambores se dejaba oír por la derecha y por la izquierda.

Era el 10 de noviembre de 1895.

El general Cáceres cumplía 58 años de vida en la proscripción.

Su frente ha circundado la diadema blanca y azul que la justicia y la nobleza no mezquinan a las glorias contemporáneas.

CLORINDA MATTO DE TURNER.

COLABORACIÓN

DE

Enrique Gómez Carrillo

Uno de nuestros compañeros de Redacción ha recibido de Enrique Gómez Carrillo la carta que á continuación publicamos. Bien conocido es en América el nombre del joven escritor cuyas dos obras *Sensaciones de arte* y *Literatura extranjera* tanto y tan justamente han llamado la atención sobre su nombre y tan honrosos juicios han mere-

cido de parte de algunos de los más autorizados representantes de la crítica española, como Leopoldo Alas y Jacinto Octavio Picón.

El autor de *Sensaciones de arte* tiene, sin duda, la más alta representación de las modernísimas tendencias literarias entre los jóvenes críticos americanos, y personifica una de las esperanzas más seguras y brillantes de la actual literatura del continente.

Como verán nuestros lectores, el eximio escritor prepara para la REVISTA NACIONAL un estudio sobre el «Teatro Simbolista». Pronto tendremos, pues, la satisfacción de agregar su nombre al de los colaboradores de esta publicación, ya favorecida con el concurso intelectual de personalidades tan altas en la literatura de otros pueblos americanos como la Sra. de Turner y el Dr. Botelho.

Señor don Víctor Pérez Petit

París, 5 de octubre de 1895.

Distinguido señor y compañero:

Junto con ésta recibirá V. mi libro *Literatura Extranjera*. Creo que usted no encontrará en él sino ideas y sentimientos opuestos á los sentimientos y á las ideas de usted. Pero eso no importa. En el fondo somos excelentes amigos literarios. Nuestras preocupaciones intelectuales son idénticas y nuestras curiosidades son tan grandes la una como la otra.

Salimos de la misma fuente y hemos llegado á puntos distintos: usted, á la creencia firme en la belleza de la realidad; yo, á una adoración vaga de lo raro y de lo nuevo.

Mi libro es como una respuesta anticipada á los tres magníficos estudios que usted acaba de publicar en la REVISTA NACIONAL, sobre Pereda. Por eso se lo envío.

Si usted ha publicado algún libro, le agradecería mucho que me lo enviase, pues así encontraría una buena oportunidad para decir públicamente lo que me gusta y lo que no me gusta en usted.

También le agradecería que hiciese lo mismo á propósito de *Literatura Extranjera*. Créame su muy sincero admirador y amigo

Q. B. S. M.

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

P. S.—Pronto le enviaré un estudio sobre el *Teatro Simbolista* (inédito) para la REVISTA NACIONAL.

E. G. C.

LA SIRENA

Fueron tantos y tales los abrazos, tan vehementes los besos que se dieron, tan dulces los halagos que se hicieron, que él fué ahogado por ella entre sus brazos.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

Optica del Amor

Cuando viene de un medio enrarecido, que se llama la ausencia, á otra atmósfera más oxigenada, y por tanto más densa,

El rayo del amor, que es de luz blanca, y á veces muy intensa, cumple las mismas leyes de la física y á la normal se acerca.

Cuando á veces un rayo peregrino un obstáculo encuentra viniendo oblicuamente hacia su objeto, el amor se refleja,

Para formar exactamente un ángulo igual al de incidencia que es el de reflexión... y algún espíritu agonizante queda.

La luz de la ternura se propaga en línea siempre recta, pero suele encontrar un sér opaco y entonces... se dispersa.

En la luz del cariño hay manantiales de causas muy diversas: el manantial del alma, y el del cuerpo, que es el de las miserias.

La imagen del amor ofrece á veces una real existencia; pero otras por error de los humanos virtual se nos presenta.

Cuando la simpatía es tan naciente que se descubre apenas, el deseo le aplica (como en física) una lente convexa.

Cuando de la pasión en las delicias aparece una pena, es una raya oscura de Fraunhofer que el espectro revela.

Y cuando en las regiones del cariño asoma la tormenta, una cámara oscura es cada alma de lobreguez inmensa.

Si hay distinto carácter, y por tanto los novios no congenian, son entonces dos rayos divergentes que por jamás se alejan.

Cuando existe un rival que se interpona por maldad ó imprudencia, es un extraño cuerpo que en la dicha siempre sombras proyecta.

Cuando la decepción llega hasta el alma que adora con fe ciega, el rayo del amor ya para siempre polarizado queda.

Cuando las ilusiones de dos seres que amantes se respetan en el hogar terminan, son dos rayos que al mismo foco llegan.

Cuando los celos ó un fugaz desvío el alma tiene llena de temor y de dudas, la caricia es mágica linterna.

Y cuando un hombre de viril talento por siempre se encadena á mujer de cortísimos alcances, teme la interferencia.

Un extraño y curioso polariscopio que excruta la conciencia suele ser el amor, porque descubre su horror ó su belleza,

ADELA CASTELL.

REBECA

A Santiago Maciel.

Es promesa del alma enamorada,
Vibración indecible no sentida,
Virgen pura de angélica mirada
Y encarnación radiante de la vida.

Es su voz cual plegaria adormecida
Que semeja del ave en la enramada
El canto nocturnal con que atrevida
Presagia melódica la alborada.

Lleva en su corazón como en su mente
La llama que fulgura abrasadora,
Inicial de emoción grandilocuente.

La que pide gentil, pero no implora,
Extrañarse del mundo a los dolores
Y cantar el amor de los amores!

JULIO MAGARIÑOS ROCCA.

EL MELÓN DE INVIERNO

Las escenas que figuran á continuación están entresacadas del juguete cómico que, con el título que luce á la cabeza de estas líneas, acaba de ser representado en uno de los teatros de esta ciudad.

Su autor, el joven Enrique De-María, ha obtenido un verdadero triunfo con la representación de la pieza que pone de manifiesto sus notables aptitudes de autor dramático. En los pasajes de ella que se publican notará el lector la soltura y naturalidad del diálogo.

Tenemos conocimiento de que el joven autor dará á la escena, dentro de breve plazo, tres obras más que tiene en preparación.

La REVISTA NACIONAL que no escatima sus aplausos cuando son merecidos, se los tributa placenteramente al novel literato que, bajos tan buenos auspicios, se inicia en el difícil arte de la dramática.

ESCENA 7.^aPERICO Y DN. PABLO (*Traje de viaje*)

D. Pablo.—¿Don Robustiano Aparato?

Perico. —Servidor de V.—(Si será el padre?)

D. Pablo.—¡Venga un abrazo! (*se lo da*)

Perico. —¿Es V. Ropa Usada?

D. Pablo.—Ropa Vieja, querrás decir.

Perico. —Es igual, mientras no diga que es nueva.... Entonces, ¿V. es el padre?...

D. Pablo.—De mi hija;—justo!

Perico. —¡Justo!... ¡el padre de su hija! Venga otro abrazo!

D. Pablo.—¿Recibirás mi carta?

Perico. —Carta, no; telegrama. (La hija así me lo dijo.)

D. Pablo.—No, hombre; si fué carta.

Perico. —Le digo á V. que fué telegrama.

D. Pablo.—Está bien.—(Si querrá saber más yo que la escribí.)

Perico. —Siéntese V.

D. Pablo.—Aplaudido autorcito!... (*se sienta*). ¿Y qué tal?—Qué tal esas obras?...

Perico. —Muy buenas, gracias.—(Qué monomanía tiene esta familia por los edificios!) Ah!... No crea V. que olvido que le debo muchos favores!...

D. Pablo.—Eso no vale nada.

Perico. —Y que mi padre era muy amigo de V.

D. Pablo.—¡Pobre mi querido Cayetano qué bueno era!...

Perico. —¿Don Cayetano?...

D. Pablo.—Sí, tu padre.

Perico. —Ah! sí.—(*llora*) ¡Pobre mi padre Cayetano!... si resucitaras, no reconocerías á este hijo!... D. Pablo.—Siempre me distinguía entre sus mejores amigos. Para él no había otro compañero como yo; me llamaba su hermano Pablo!... (*Lloriquea*).

Perico. —¿Cómo Pablo?.... Justo, querrá V. decir.

D. Pablo.—Yo me llamo Pablo!...

Perico. —Se llama V. Justo.

D. Pablo.—Te digo que me llamo Pablo! (Si querrá saber más que yo mi nombre!...)

Perico. —Pues V. y su misma hija me han dicho que se llama Justo!...

D. Pablo.—¿Cómo mi hija!

Perico. —Sí, señor; su hija, que acaba de salir de aquí.

D. Pablo.—¿Que no es posible!

Perico. —¿Que sí señor!

D. Pablo.—¿Que no señor!

Perico. —Le digo á V. que sí!...

D. Pablo.—(*transición*) Dime, hijo mío, ¿tú eres vizcaíno?

Perico. —No, señor; soy andaluz.

D. Pablo.—¿Cómo andaluz?

Perico. —Nacido en Cádiz.

D. Pablo.—¿Cómo es eso! Si tu padre me había dicho infinidad de veces que una de sus mayores penas era no haber podido visitar la Andalucía.

Perico. —(¡Uy! ¡en qué apuros!) Pues... por eso mismo; por que yo soy andaluz.... Á mi madre le recetaron los médicos una corrida de toros; entonces mi padre la mandó conmigo á Cádiz, y.... entonces nació yo.

D. Pablo.—¿Cómo!...

Perico. —No, yo no nací.—Es decir, nacer, sí nací; pero.... quiero decir: que á la ida la acompañó un tío mío, y á la vuelta vinimos mi madre y yo.—Vamos!... (Yo sudo aceite!)

D. Pablo.—¿Qué caso tan raro el de la señora!

Perico. —Qué!... Soy acaso tan fenómeno!...

D. Pablo.—Me refiero á la enfermedad, por que recetarle una corrida de toros!... Yo ignoraba eso, tu

padre no me lo había dicho.
Perico. —Le diré á V. Mi padre nunca contaba eso; es un secreto de familia!

D. Pablo.—¿La enfermedad?

Perico. —No, la familia.—Digo, la enfermedad.—(No sé lo qué digo).

D. Pablo.—¿Con que un secreto?

Perico. —Que yo no he sabido guardar!...

D. Pablo.—¡Aquí quedará sepultado, como en un pozo artesiano! (*señala el corazón*).

Perico. —Muchísimas gracias.

D. Pablo.—Si tú me permites, iré á sacudirme el polvo del viaje.

Perico. —Sí, pase V.... (Así te sacudieran una paliza). Pase á esta pieza (*izquierda*) Ahí tiene V. todo lo necesario; pase V.D. Pablo.—Muchas gracias.—(*Entra 1.^a izquierda*).

Perico. —Caracoles!.... En qué apuros me ha puesto este maldito viejo.—Y no me hace mucha gracia que se quede por aquí; ahora no más vive la hija.... y....

ESCENA 8.^a

PERICO Y ROBUSTIANO.

Rob. —(*Entrando*) Oye, Perico!...

Perico. —Silencio.... que está ahí dentro el señor Ropaveja.

Rob. —¿Está ahí dentro?

Perico. —Se está sacudiendo.—Vino también una hija....

Rob. —¿También se está sacudiendo?

Perico. —No, señor; la hija ya se sacudió; digo, ya se marchó.—Si viera V. qué bonita es!....

Rob. —¿Sí, eh?... Me alegro.... Mira, si viene una señora llamada la Matilde, le dices que la espero en el teatro. Que vaya enseguida. Entretanto, trata muy bien á los huéspedes. Ya sabes, la Matilde; que no te se olvide.—Corro al ensayo. (*Vase por el foro*).ESCENA 9.^a

(PERICO, LUEGO DN. PABLO.)

Perico. —Matilde! Matilde!—¿Qué nuevo lío será este? Ay! María Santísima! Vivir en casa de un autor de comedias es vivir en un perpetuo carnaval.

D. Pablo.—(*Saliendo*) Ya estoy más liviano.

Perico. —Es claro; después de una sacudida....

D. Pablo.—Voy á reunirme con mi hija, que la he dejado en casa de la señora de Conejo.... ¿la conoces tú?

Perico. —¿A la señora de Conejo?... ¡cómo no! (Pues no he de conocer á la coneja).

D. Pablo.—Como fué nuestra compañera de viaje, quise que mi niña descansara en su casa mientras yo daba con la tuya.—Es aquí muy cerquita; calle Gaboto.

- Perico. —(No conozco en la calle de Gaboto ninguna conejera)
- D. Pablo. —Así es que voy hasta allá; y si quieres, luego iremos al teatro.
- Perico. —Eso es; luego al teatro! (Veré la obra de mi patrón.)
- D. Pablo. —Hasta más tarde, querido. (Me enteraré si es cierto que ha venido aquí mi hija. —U! ... Me escama este tipo.) Adiós eh? ...
- Perico. —Sí, eso es; vaya Vd. ... (Que espero á su hija.) *(Lo acompaña al foro.)*
- D. Pablo. —No te incomodes. Adiós! *(Vase.)*

Rapsodia

La noche se acerca; la luna ya asoma;
Perfuman el aire las flores de azahar;
Sintiendo el arrullo de dulce paloma,
Despiértase el alma con ansias de amar.

El viento en las hojas suspira y parece
Caricia velada, promesa de amor;
Colgando en las ramas un nido se mece
Y un ave le brinda su grato calor.

Derrama la vida sus ondas de fuego,
Que el aire no apaga ni apaga el ruidal.
En tanto haya mundo habrá un niño ciego
Que juegue y que rompa su blanco cendal.

La vida, la garza de blando plumaje,
Que juega en las ondas del lago al rielar
La luz de la aurora bordando el paisaje
Do du-rme la dicha debiendo velar.

Tan cortas las horas resbalan, y apenas
El labio modula un dulce gemir;
Se siente ya el ruido de duras cadenas
Que atando la carne le empiezan á herir.

Materia por siempre, postrada y herida,
Juguete del hombre por siempre serás.
¿Que no pueda el alma tener otra vida
Sin cuerpo de fibras que cambie fugaz?

DORILA CASTELL DE OROZCO.

EL AMERICANISMO LITERARIO

III

TRADICIONES Y COSTUMBRES

Investigando los orígenes del sentimiento poético de la naturaleza americana que constituye sin duda el rasgo más espontáneo y característico entre los que imprimen carácter á las letras del Continente, puede afirmarse, en beneficio de esa espontaneidad, la ausencia completa de inspiraciones y modelos dentro de la época literaria anterior á la libre manifestación del genio de la colonia transfigurada en nacionalidades dueñas y señoras del suelo que engalanan los dones de aquella natu-

raleza; pero cuando se trata de pasar en revista los antecedentes del elemento de originalidad aportado por la poesía de la tradición y las costumbres á la obra generadora de una literatura esencialmente americana, adquiere aquella época literaria de su simple condición de testimonio histórico de la primera edad de nuestros pueblos, un interés suficiente para mantenerla viva en la memoria de la posteridad y que la impone á nuestra consideración al llegar á esta parte de nuestro estudio.

Hay en ella, además, un poema al que es debido por todo concepto otro homenaje que el de la mención puramente histórica y fundada en interés relativo, y un alto nombre de poeta, en quien se personifica, en cierto modo, la iniciación homérica de la literatura propia y original del Nuevo Mundo.

No es ciertamente «La Araucana», pues aludimos á ella, la plena realización del poema narrativo modelado en las condiciones peculiares de nuestra historia y nuestra naturaleza, que hoy anhelamos como elemento destinado á constituir un día la grande epopeya americana; pero bajo los pliegues de la túnica clásica que envuelve en el poema de Ercilla las formas de la narración, es fácil percibir el latido del corazón salvaje de la América —Puede afirmarse, en efecto, que mucha parte de la esencia poética de la vida de los pueblos indígenas pasó, por intuición admirable, á las páginas del inmortal narrador, y que en sus descripciones, en sus relatos, en sus figuras, es posible señalar con frecuencia el esbozo de nuestras tentativas más eficaces de americanismo y la anticipada satisfacción de los anhelos de fidelidad histórica y local con que hoy procuramos llamar á nueva vida nuestras cosas pasadas.

Jamás la resistencia bárbara ha adquirido en manos de poeta americano personificaciones más épicas que las de la inquebrantable constancia de Caupolicán, el brillo heroico de Lautaro y la estoicidad de Galvarino. —En el episodio lastimero de Glaura ha de reconocerse el más remoto abolengo del romance y la leyenda inspirados por el sentimiento del salvaje candor, de la ingenuidad primitiva, que destacan sobre el fondo de las vírgenes soledades de América la sombra melancólica de Atala y el destello de infinito amor de Cumandá —El desenlace en que la soberbia araucana arroja al rostro del esposo cautivo el fruto de su seno, en arrebatado de ira y de dolor, tiene la verdad intensa y ruda de una escena de Shakespeare, y merecería ser consagrado, reproduciéndose indefinidamente ya en el relato del historiador y en el acento del poeta, ya en el lienzo y el bronce, como el símbolo perdurable de la indómita naturaleza de la raza vencida, que concentra en activo corazón de mujer, después que el brazo varonil ha flaqueado, el odio supremo que convierte la humillación en causa de locura, y la sublime desesperación de la derrota.

Por el espíritu, además, por el sentimiento que anima aquel airoso relato, dotado casi todo él de la limpidez y la firmeza de la equidad histórica y adquiere resonancia en el acento generoso del poeta ó percíbese

en él, íntimamente, como el épodo que acompaña de lo hondo de su corazón las alternativas dramáticas del narrado, hay en Ercilla una cualidad que contribuye á destacarle con relieve genial de precursor, vinculándole á afecciones futuras y definitivas, en la tradición de la poesía inspirada por el sentimiento de la historia y las peculiaridades de América, en igual proporción que levanta su nobilísima figura, como hombre de acción y colaborador de la conquista, ante el juicio severo de la posteridad.

La poesía de Ercilla no es el eco del espíritu de los conquistadores, no es la traducción de sus pasiones en ley, ni guarda la repercusión de la rudeza despiadada con que se asentaba la planta del vencedor sobre el pecho exánime del vencido.

La glorificación, la idealización de la conquista española le deben poco, y tanto por lo menos como el significado secundario de la empresa que canta, dentro de ella, contribuye esa subordinación del sentimiento nacional y de las arrogancias del triunfo al imperio de sentimientos más altos, para que «La Araucana» no pueda llamarse en rigor la epopeya de la conquista, ni sea con relación á la titánica aventura lo que el poema de Camoens, símbolo y diadema del genio heroico de una raza, á aquella que representa su gran tributo de civilización. «El héroe es Caupolicán; el tema el heroísmo araucano», afirma Bello. Y bien puede agregarse que antes de la explosión de los himnos de la libertad en la poesía de la época revolucionaria, la voz acusadora mantenida ante los opresores en tres siglos de cautividad, y el verbo poético de la tradición de autonomía salvaje de la América, estaban sólo en aquellas hermosísimas arengas de los indios de Ercilla donde el sentimiento de resistencia al invasor resuena y llega á la posteridad en acentos inmortales, con el vibrante entusiasmo de la alocución del paje de Valdivia ó la entonación viril de Colocolo.

Real precedente de poesía americana, la epopeya de Arauco no comparte esta significación con ninguna de las que luego explotaron igual glorioso venero de la historia y pretendieron modelarse á ejemplo de ella. Sobre las armas del conquistador no volvió á reflejarse un rayo de excelsa poesía, ni la inspiración que movió á los que aspiraron á consagrar como épicos sus triunfos, fué la inspiración generosa que evocaba, en labios del soldado de Millarapué, los más altos ejemplos del heroísmo clásico para enaltecer al salvaje de indómita fiereza, y como que presagiaba, en el seno mismo de la conquista española, el grito de noble protesta de Quintana. —De la empresa de cíclopes que ofrecía por elementos de soberbia epopeya el escenario de la civilización magnificente de Méjico, la figura heroica de Cortés y el cuadro épico de Otumba, no recogió otra ofrenda la grande era literaria de nuestra raza que la del débil poema de Saavedra Guzmán y el crónico rimado de Lasso de la Vega. En las «Elegías» de Juan de Castellanos tampoco puede apreciar la posteridad sino el interés del documento y la cró-

nica; y en cuanto al continuador americano de Ercilla, cabe afirmar que América no puso ni un reflejo de luz ó una nota de color en sus descripciones, ni una inspiración de amor y de piedad en su espíritu contaminado por los odios de raza que superó noblemente el alma hidalga de su antecesor.

Los conquistadores del Río de la Plata hallaron el «Homero ramplón» de una de sus duras Odiseas, el rimador de una parte de sus porfías y sus glorias, en el más desdichado de estos cronistas que siguiendo temerariamente el rumbo del águila que había dominado las campañas de Arauco desde las cumbres, tendieron sobre el espectáculo de las realidades más soberbias y capaces de enervar el acento humano, el vuelo desmayado de su pobre numen insensible al acicate de lo maravilloso.

El poema de Centenera, donde se hermanan todas las fealdades del verso bajo é inarmónico y de la narración enmarañada y exenta de orden y criterio, constituye, en verdad, un precedente de bien pobre cuantía en la interpretación poética de las tradiciones y peculiaridades regionales, y sólo en su carácter de ingenua iniciación de temas destinados á reanimarse en lo futuro por las evocaciones legendarias del genio poético de un pueblo, interesado en la idealización de sus recuerdos históricos, es él merecedor de la atención y el interés que por órgano de su más caracterizado representante le ha concedido la crítica argentina.

Puede, sin embargo, un espíritu que se aventure en el erial prosaico del poema, iluminado por el dón de hallar lo bello y lo característico en las realidades opacas de la crónica, obtener de sus páginas inspiraciones capaces de vivificar el romance y la leyenda, hallazgos de una candorosa poesía que asoma á veces, bajo la tosquedad é ineptia de la forma, como corteza á un tiempo ruda y balsámica.

El episodio en que se destaca la figura apasionada y gentil de Liropeya, la heroína del amor salvaje, que Juan María Gutiérrez consideraba destinada á iluminar eternamente las sombras de la crónica de la conquista, y que Adolfo Berro depuró de las escorias prosaicas de su imagen primera para concederle, en su romance más gallardo, la forma definitiva con que aparece á la posteridad, es esencialmente más poético que el de Glaura ó Tegualda, y merece ser tenido por clásico entre las formas hasta hoy explotadas de la tradición indígena, de «la leyenda vestida de plumas de colores».

En suma, no es posible relacionar con este obscuro abolengo de las manifestaciones literarias del descubrimiento y la conquista, la moderna expresión de las tradiciones y los albores históricos de nuestros pueblos en su poesía nacional, de otra manera que como se relaciona con la verdad adusta y descarnada del documento y del testimonio escrito de las cosas, la forma bella que la redime de su nativa obscuridad y la transfigura en tema de arte; pero no es menos cierto que hasta la aparición de las páginas primeras de una literatura vivifica-

da por el amor de la naturaleza propia y el sentimiento de la nacionalidad en tierra americana, no hubo mejores antecedentes de americanismo literario, ni los superó, en caso alguno, la desmayada poesía de la colonia.

La literatura de la conquista,—entendiendo por tal el grupo épico de los poemas que narran sus esfuerzos y celebran sus triunfos y las crónicas en que dura el testimonio de sus actores, ostenta en medio de su informe rudeza, de su mediocridad habitual, de sus desmayos prosaicos, una viril animación, un grande espíritu de vida.

Hay en ella el desorden de la improvisación, la deformidad del mal gusto, todas las maculas y todas las imperfecciones que son propias de la ausencia de arte, y aun de la inferioridad del ingenio; pero es indudable que la consideración del conjunto inspira un sentimiento muy distinto del desdén ó el hastío. No ha de juzgarse, para poderla admirar, con el rigor del criterio literario; sino atendiendo á que la razón de su grandeza está en su calidad de campo inmenso y abrupto donde se estampa, como garra de león, la huella de una de las empresas más heroicas, más sublimemente aventureras de la historia humana.

A medida que se avanza en el tiempo, á medida que la quietud de la noche de servidumbre y de paz, sucede al épico fragor de la conquista, vuélvese el campo de investigación más árido é ingrato, más infrecuente el descubrimiento de una nota de real inspiración, y el tedio de una prosa enervante se extiende en el horizonte de la literatura colonial como una bruma.

Aún los recuerdos históricos del primer siglo, el siglo heroico, de la colonización, sugirieron á veces en esta misma lánguida y trivial literatura la ambición temeraria de lo épico, y ocasionaron poemas donde la mísera condición del sentimiento, del color y la forma no se atenúa siquiera por el interés del testimonio directo y del traslado fiel de la realidad que aparece en la obra de los primitivos narradores, minuciosamente observada en sus detalles, aunque no sentida casi nunca en su poesía. Así, la «Lima fundada» de Peralta Barnuevo y la «Hernandía» de Ruiz de León.

El pasado no podía brindar sino motivos de composición artificiosa y erudita en pueblos á quienes no les era dado contemplarle con los deliquios de la gloria, con el sentimiento de la tradición. De las entrañas de la sociedad colonial sólo pudo nacer, en condiciones de vida, la abominable literatura de recepciones, de exequias, de fiestas reales, que arropaba vistosamente la lisonja servil y daba exacto reflejo á la existencia, á un tiempo trivial y aparatosa, de las ciudades en que se asentaba el poder de los Virreyes.

Nacida tardíamente, en el seno de sociedades á quienes las singulares condiciones de la colonización que les dió origen imprimieron carácter de democracias embrionarias, parcas y austeras, sin lugar para el remedo de las opulencias de la corte y modeladas en el hábito varonil de la labor, la literatura del Río de la Plata se halla en gran parte exenta de ese introito de abyec-

ción y mal gusto con que precede los anales de la cultura literaria de otras secciones de América el proceso de la actividad de su pensamiento colonial; pero ella hubo de participar forzosamente en tales tiempos, de la radical falsedad impuesta por la desvinculación del espíritu literario y las fuentes generosas y limpias del sentimiento; del ambiente del poeta, clausurado dentro de una ficticia prolongación del mundo español ó el mundo clásico, y la atmósfera que embalsamaba una virgen naturaleza con sus agrestes perfumes y una sociedad naciente coloreaba con los tintes originales de su vida.

Hubo, sin embargo, en el seno de aquel movimiento ansioso despertar de las energías de la mente y de adquisición de los elementos primeros de cultura, que se inicia en la historia colonial de Buenos Aires por el período gubernativo de Vértiz, y tiene su manifestación principal en la apertura de las históricas aulas de San Carlos, un espíritu á quien fué concedido cierto vago vislumbre del ideal literario cuyos remotos precedentes seguimos, y que se esforzó por reflejarle en páginas que la posteridad debe recoger con solicitud cariñosa.

La personalidad de Labardén no se destaca sólo en los anales de la vida social del Virreinato por la superioridad de su cultura literaria y de las condiciones poéticas de su estilo sobre las de los rastros versificadores de su tiempo—ni por la diversidad de las aptitudes y la multiplicidad de los servicios prestados al desenvolvimiento moral y material de la colonia que le constituyen en selecta personificación de los elementos de progreso y de vida empeñados entonces en lucha oscura y afanosa para vencer la inercia del pesado bloque colonial; sino, ante todo, por el prestigio de sus nobles esfuerzos en pro de la adaptación del espíritu literario á las condiciones físicas é históricas del pueblo de su cuna.

La aparición de *Siripo*, trayendo al ambiente mudo y soporoso de la sociedad sin ideal y sin carácter modelada por tres siglos de servidumbre, una reliquia de su tradición de libertad salvaje, un soplo de sus tiempos épicos, es una nota de originalidad que basta para redimir un nombre del olvido y una época literaria de la condenación desdenosa que merecería por casi la totalidad de sus legados.

No es lícito afirmar que la tradición indígena hubiese pasado hasta entonces sin dejar la huella de su planta en los anales literarios de la colonia; ni aún que faltase en ellos, de todo punto, la manifestación del contacto entre la mente poética de las razas vencidas y la cultura implantada por el conquistador.—Los *Comentarios Reales*, donde por verbo de tan espléndida idealización del imperio y de la sabiduría de los Incas, cuya propia sangre inflamaba las inspiraciones del relato, se extiende límpida y majestuosa el habla literaria modelada por los grandes prosistas del Renacimiento, serían suficiente ejemplo de lo último; y las fiestas escénicas ó las representaciones dramáticas en que solía exigirse tributo á los recuerdos de la antigua vida americana, en las solemnidades de los grandes centros de

la colonización, además de algún interesante ensayo de historia anovelada ó interpretación semi-romancesca de las cosas de la América primitiva que interrumpe la aridez desahagible de las crónicas, demostrarían la exactitud de lo primero.

Tampoco la originalidad de Labardén puede decirse absoluta con relación al modo literario de la época en que fué escrita la obra que comentamos.

Ya la tragedia clásica, que en manos de Voltaire había adquirido entre otros elementos de innovación y de sentido moderno, no despreciables toques de color de época y local que diversificaban la solemne uniformidad del tema trágico con la reproducción de costumbres de pueblos desconocidos y remotos, había intentado en *Alsira* conceder á la historia de los indios de América la dignidad literaria del coturno. Concebida esta obra bajo los dictados del mismo espíritu filantrópico que había inspirado *Los Incas* de Marmontel y el *Camiré* de Florian, y forma artística, al par de ellos, del severo proceso instaurado por los hombres de la Enciclopedia á la conquista española, hubo de escollar, por otra parte, en cuanto al propósito de fidelidad histórica que suele revelarse por aciertos fugaces, en la índole fatalmente abstracta é inflexible de la tragedia y su absoluta incapacidad para la reconstrucción viviente de los tiempos y las cosas que era triunfo reservado al drama de la pasada realidad en nuestro siglo. Igual pecado original de la ejecución, no redimido en parte, como sucede en *Alsira*, por la alta calidad del ingenio, reduce casi á la descarnada exactitud de los sucesos y los nombres el colorido indígena de la obra del poeta colonial.

Pero el valer é el significado memorable de esta última no han de graduarse ciertamente, por el éxito del resultado, ni aún por la originalidad intrínseca del tema que se hacía pasar de las páginas yermas de la crónica á la idealización de la más noble forma literaria, sino por el amor de las cosas del terruño que en ella se revela y que otras dos composiciones del autor de la tragedia guaranítica nos dan ocasión de comprobar, manifestando la existencia, sino de un propósito consciente y sistemático, de un instinto poderoso de singularidad local y de un temprano sentimiento patriótico, que en vano se buscarían en la prosa rimada de Maciel y de Agüero.

La sátira con que el espíritu sutil de Labardén intervino oportunamente en el debate literario movido por uno de los episodios triviales y los hechos oscuros que daban pábulo á la vana locuacidad de los versificadores de la colonia, en tiempo del marqués de Loreto, luce un hermoso arranque de sentimiento que casi llamaríamos *nacional* y que vuelve realmente inspiradas las estrofas donde el poeta rechaza, á nombre de la condición activa de su pueblo, la abyección cortesana de la vida pública de Lima. Y el canto por el que fué poéticamente consagrada la naturaleza de esta parte de América, que él personificaba en la majestad del Paraná, ensayando con el vuelo tímido é incierto del numen apocado por la hábitud de la imitación y la retórica el

tema inagotable que señalaría la nota más intensa y distinta dentro de la futura originalidad de nuestra literatura, constituye á la vez, como manifestación inicial entre nosotros de aquel género de poesía elevadamente didáctica, social, utilitaria en noble sentido, que puso en boga el espíritu revolucionario del siglo XVIII y fué instrumento efficacísimo de propaganda y de guerra en manos de los poetas de la Emancipación, la resonancia poética de aquel período de renovación de las ideas y de iniciativa fecunda, que se manifiesta por los anhelos de prosperidad material y de libertad económica, los escritos de Veytes y la acción benéfica de Belgrano, diseñando sobre el fondo incoloro de la sociedad colonial el esbozo de un enérgico espíritu colectivo.

La evocación de las tradiciones legendarias del pasado de América que realizó Labardén en la escena celosamente reservada por los poetas y los preceptistas para los héroes y pueblos consagrados como una aristocracia de la historia, ofrece, pues, si se prescinde de la severidad, que sería inoportuna, del juicio literario, y se la aprecia relacionándola con ese anhelo de conceder una expresión adecuada á la sociedad y la naturaleza propias, que descubren los versos del autor de «*Siripo*», todo el significado de una audaz manifestación precursora de la obra de nacionalización que sería francamente iniciada en la literatura de América medio siglo más tarde.

José E. RODÓ.

(Concluída.)

Erratas notables del anterior artículo de esta serie: Página 196, columna primera: donde dice «... que el Tasso imaginó para su Aminta, léase «... que el Tasso imaginó para su *Arámdis*». Página 193, columna tercera donde dice «... que la hace unas veces el poeta incomparable de lo inmenso», léase «... que le hace unas veces, etc.

La teoría del verbo

1. Importancia del verbo.—2. Método que se debe seguir en un estudio.—3. Definiciones.—Definición de Aristóteles.—4. Teoría de Apolonio Dyscolo.—Su crítica.—Ejemplos que demuestran su falsedad.—Dicha doctrina exige una evolución en las palabras que consideramos absurda.—5. Teoría de Souligero.—Su crítica.—6. Doctrina de Condillac ó del verbo único.—Su fundamento y origen.—Argumentos que militan contra esta doctrina.—Creencia universal.—Si en todas las modificaciones del verbo existe afirmación.—¿Expresar es afirmar?—De cómo el verbo no siempre implica expresión de juicio.—De cómo hay juicio que carecen de verbo.—Lo que nos faltaría sin los verbos no sería la expresión de la afirmación, sino la del tiempo.—Comprobación con máximas y refranes.—Argumentos derivativos del lenguaje, de la historia de los idiomas y de la gramática comparativa.—El verbo único, según la doctrina que examinamos, expresa sólo la idea de existencia, relación entre ideas, ó ambas cosas juntas.—Absurdo de la teoría en todos tres casos.—Opinión de Bochart, Ozanoux, Lemare, Bascher, etc.—Crítica de Saard.—7. Definiciones de la Academia, Salva y Salazar.—Su crítica.—8. Doctrinas de Bello, Salleras y Rey Heredia.—Coinciden con la del verbo único.—9. Definición de Balmes.—Objeto del verbo según esta teoría.—Su carácter esencial y distintivo.—Examen y crítica de la doctrina de este filósofo.

1. El verbo, voz derivada de la latina *verbum* que quiere decir palabra, es la parte principal del discurso. Su importancia, si bien exagerada por algunos, no se pone en tela de juicio. Efectivamente: si no debemos creer con los antiguos gramáticos de los pueblos semíticos que esta voz es la fuente etimológica y el fundamento de todas las demás, engañados á lo que parece

por el significado de la palabra, no por eso dejaremos de reconocer que sin esta parte de la oración no podríamos emitir juicios, á lo menos no podríamos emitirlos con exactitud, y esto mismo valiéndonos de engorrosos rodeos.

La razón es obvia. Si yo digo, por ejemplo: *Mi amigo enfermo*, cualquiera percibe que falta en dicha frase la palabra encargada de expresar la idea principal bajo la modificación del tiempo. Falta en ella la voz que, uniendo las diferentes palabras, informa y como que da vida á la locución, que semeja sin ella el esqueleto de una idea. Con razón, pues, se ha dicho que si el nombre es comparable á la principal figura de un cuadro, el verbo representa el movimiento, la acción y la vida de esta figura.

Nadie discute la importancia del verbo. Las dudas y dificultades nacen al tratar de dar de él una definición. Por numerosas que sean las existentes, y por plausibles que hayan sido los esfuerzos de los hombres científicos respecto de este punto, cúmplenos confesar que las que se aproximan á la verdad son muy pocas.

2. Á ello ha contribuido indudablemente en este asunto como en tantos otros la obcecación que sufren hasta hombres de verdadero saber y sano criterio, al pretender encerrar los hechos dentro del estrecho círculo de una definición adoptada de antemano, sin la debida reflexión y antes de un maduro examen. Olvidando la observación, verdadera fuente del conocer, han pretendido amoldar los hechos á las teorías y no las teorías á los hechos, sin advertir que en las ciencias experimentales se han extraviado cuantos han echado por este camino.

Este hecho, y no como el ilustre Bello creía, el de que la gramática esté «bajo el yugo de la venerable rutina», es el verdadero causante de dichos errores. La prueba de ello es que de tantas definiciones como se han dado, pocas son las que coinciden en todas sus partes. Fuera de que el afán de ostentar novedad en todo suele causar, mayormente en nuestra época, tantas víctimas como la obediencia incondicional é inflexible del rutinismo ciego.

Pongámonos en el caso del naturalista que se encuentra con un sér no clasificado todavía. Estudiando parte por parte del nuevo sér, examinándolo con detención, llega á percibir semejanzas y diferencias ocultas á primera vista, y yendo de lo conocido á lo desconocido, concluye por lograr su objeto. Estamos, pues, enfrente de un sér nuevo: el verbo. Sin prevenciones de ninguna clase veamos las funciones que desempeña, y, hecho este estudio, estaremos en el caso de obtener el conocimiento de su carácter esencial y distintivo.

Nuestro método será, pues, esencialmente práctico. Consistirá, inversamente de lo que de ordinario se practica, en prescindir de definición hasta tanto no hayamos estudiado el verdadero papel desempeñado por el verbo. Confesamos que esto es menos cómodo que el sistema contrario. Por este medio, sin embargo, no es difícil hallar la verdad, que debe ser en último resultado nuestro supremo anhelo.

3. Aristóteles creía que el verbo era «la

idea del tiempo,» definición que sin carecer de parte, de una gran parte de verdad, no es del todo exacta. El tiempo es ciertamente un carácter que declaramos desde ahora ser importantísimo: pero no constituye el verbo por sí solo. Hay otras palabras, nombres y adverbios, que también lo expresan, *hoy, mañana, antes, después*, etc., que nadie ha llamado ni llamará verbos. Y es que a la idea del tiempo hay que agregar algo, como más adelante lo veremos. La definición del filósofo estagirita es cuando menos inexacta por demasiado extensa.

4. Para que una definición sea buena tiene que comprender todo lo definido, y nada más que lo definido; y esta condición indispensable no satisface tampoco desde luego la de Apolonio Dyscolo, que pasamos a examinar.

Según este autor, el verbo es la palabra que denota «acción ó movimiento.» Las voces *paseo* y *escriura* expresan movimiento y acción indudablemente, y no son verbos. Al contrario, lo son las palabras *duerme* y *yace*; y a nadie, á lo que entendemos, se le ha ocurrido decir que significan movimiento ni acción.

Y esto último es contra la teoría una objeción más seria de lo que á primera vista puede parecer á sus partidarios. Si hay verbos que no implican movimiento en la actualidad, no vale nada que lo expresaran en otro tiempo, es decir, nada vale para la teoría, aun cuando constituya esto un dato de importancia para la historia de las palabras, porque si el movimiento caracteriza al verbo, la palabra dejó de ser verbo tan pronto como dejó de significar movimiento. Y si hay verbos en la actualidad que no implican movimiento, no sabemos qué crédito puede merecer una doctrina que desprecia los hechos presentes para conformarse sólo con una hipótesis que se dice histórica.

«Ver en las palabras lo que bien ó mal se supone que fueron, y no lo que son, dice un autor, no es hacer la gramática de una lengua, sino su historia.»

Á mayor abundamiento, la evolución que supone en las voces es sencillamente absurda.

5. Las funciones del verbo, según Julio César Scaligero, consisten en «expresar lo que pasa por oposición á lo permanente.» ¿Cómo conciliar esta doctrina con las funciones desempeñadas por el verbo en frases como *la virtud es amable, el todo es mayor que la parte, la suma de los tres ángulos de un triángulo es igual á dos ángulos rectos*?

La teoría que no responde á todos los hechos es incompleta ó no es exacta. La presente, por ejemplo, es incapaz de explicarnos las diferencias existentes entre *ser pálido* y *estar pálido*. La definición de Scaligero, pues, debe rechazarse.

6. Condillac, el escritor de Puerto Real, es autor de otra doctrina, que ha contado entre sus adeptos á muchos gramáticos de verdadero valer. Considerando su importancia é influjo en la ciencia, nos detendremos en su refutación para examinarla en varios de sus aspectos.

Según este autor, el verbo «expresa la afirmación, el acto racional constitutivo del

juicio.» Ahora bien, agrega, como este acto es el mismo siempre, la palabra encargada de manifestarlo es la misma también, y no es otra que el verbo *ser*, ó, más simplemente, la cópula *es*. Este es el fundamento de la doctrina. En apoyo de ella citan sus partidarios el hecho de la conjugación griega, compuesta de un radical invariable y las terminaciones del verbo *éō*, que significa *ser*.

Por consiguiente, dicen, todo verbo, sea de la clase que fuere, activo, reflexivo, reciproco, etc., es un compuesto del verbo *ser* y el adjetivo que expresa la manera de ser. *Yo pienso* quiere decir *yo soy pensante*; *Yo quiero*, *yo soy queriente*, etc.

Militan contra esta doctrina varias razones.

Desde luego, es menester reconocer que la opinión general le es contraria de todo en todo. Téngase razón ó no para ello, el hecho es que ordinariamente se cree que existen varias clases de verbos. No demos á este argumento más valor del que tiene en realidad, como quiera que estas cuestiones no se resuelven por mayoría de votos; dejemos á un lado este dato: que el sentido común no iguala las expresiones *yo escribo* y *yo soy escribiente*; pero reconozcamos con un distinguido filósofo gramático que «las aserciones filosóficas que se apartan del sentido común tienen la obligación de pretrecharse con mayor número de pruebas, para disipar la prevención engendrada por su extrañeza.»

Por otra parte, en todas las modificaciones del verbo no hay afirmación. No hay duda en que cuando digo *siento, amará, quería, cané*, afirmo realmente. Pero, ¿sucede esto en todos los modos? Veámoslo.

Examinemos el subjuntivo, por ejemplo.

En la frase *Deseo que lo pase V. bien*, no hay afirmación, porque no se afirma el bienestar, sino que se manifiesta un simple deseo de que él se realice. Resolviendo la oración por el indicativo, la frase del ejemplo es equivalente de esta otra: *el deseo de su bienestar es existente en mí*. Ahora bien, ¿son idénticas dichas frases? ¿Es lo mismo decir *deseo que lo pase V. bien*, que decir *el deseo de su bienestar es existente en mí*?

No, en manera alguna, porque *expresar* no es *afirmar*. La expresión es un hecho, esto es claro; y un hecho susceptible de ser afirmado, no cabe duda. Pero en la manifestación del deseo no hay afirmación alguna, la cual no puede existir entretanto no haya juicio, que es «la afirmación de una relación de conveniencia ó disconveniencia entre dos ideas.» La afirmación, en *deseo que lo pase V. bien*, no está en las palabras, porque es un acto intelectual; no está tampoco en el hecho interno, porque no existe más que un deseo. Luego, hay casos en que habiendo verbo no existe afirmación.

Puede decirse exactamente con un autor, que los que creen que el hombre es capaz sólo de expresar juicios mutilan el alma: el hombre piensa, siente y quiere; luego, expresará necesariamente ideas que no son juicios.

«¿Cómo te llamas? ¿Quieres caminar? ¡Ojalá saques á la lotería! ¿Quién puede

decir que en estos casos afirmamos alg.? Inquirimos algo precisamente en los dos primeros ejemplos, y expresamos simplemente un deseo en el último, el de que la suerte te sea propicia.

Si examináramos el imperativo, veríamos también que presenta iguales objeciones á la doctrina de que tratamos. Por consiguiente, el verbo no siempre implica expresión de juicio. Pero, ¿es posible emitir juicios sin verbos?

En nuestro sentir, sí. Cuando decimos *Colón, descubridor del nuevo mundo; Franklin, inventor del pararrayos; Gribaldi, héroe de ambos mundos*, hay afirmación en realidad. La prueba de ello es que nos valemos de estas expresiones, ó de otras semejantes, en muchas ocasiones, y nadie duda de lo que queremos manifestar. ¿Que se debe sobreentender el verbo en estos casos? ¿Que se suprime en todos ellos el verbo *ser*? Más exacto sería decir que se le *puede* sobreentender; y esto serviría para demostrar, más que lo que pretenden los partidarios de esta doctrina, que una forma nominal de lenguaje pasa á ser fácilmente forma verbal.

Lo que nos faltaría careciendo de verbos no sería la expresión de la afirmación, sino la del tiempo. Valgámonos para demostrarlo del ejemplo citado al comenzar este trabajo: *Mi amigo enfermo*. Cualquiera que mire las cosas desapasionadamente, reconocerá que al decir *yo esto afirmo* la enfermedad de mi amigo. Lo que en realidad de verdad ignoramos es si lo estubo, lo está ó lo estará. Pero que existe afirmación es indudable.

Muchas máximas y refranes comprueban este aserto. Así en *En casa del herrero, cuchillo de palo; La mujer honrada, la pata quebrada; y en casa; La mujer y la gallina, hasta la casa de la vecina*, y en mil otros que pudiéramos citar, no hay verbo. Recuérdese la gran importancia que tienen los refranes como modos de decir castellanos, y considérese luego el valor del argumento de que en estos casos debe sobreentenderse el verbo. Á mayor abundamiento, las aserciones en materia científica que no van acompañadas de su correspondiente prueba no tienen valor alguno, y de comprobación carece la aserción de que debe sobreentenderse el verbo.

¿Por qué ha de sobreentenderse, por qué razón ha de considerarse suplido, si en la generalidad de los casos, poniéndose expresamente, no emitimos la misma idea?

«En casa del herrero, cuchillo de palo.» ¿Quién se atreverá á sostener que en este ejemplo el verbo suplido es *hay, habrá, hubo, hubo* habido, ó *hubo de haber habido*? como dijo el otro.

Es necesario confesar que esta suposición es gratuita.

Por otra parte, la filología se encarga de reforzar la doctrina con un argumento poderoso. Ella nos demuestra que no se emplean las mismas formas de lenguaje cuando interrogamos, p. ej., que cuando afirmamos. En francés, y comúnmente también en italiano, se pospone en interrogaciones el pronombre personal al verbo; y en castellano, si no sucede igual cosa, y es conve-

niente por lo mismo usar el signo de interrogación al principio como al final de la frase, es fuera de duda que hay tendencia á posponer el nominativo.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

(Concluirá.)

EL DISCÍPULO DE CANTO

La campesina Juana,
Mujer de gusto,
Entusiable cariño
Daba á su burro,
Pues el jumento,
Para cargar sumiso,
No tenía ejemplo.

Con ella á los mercados
Marchaba listo,
Con paciencia tan grande,
Con tanto tino,
Que una rodada
Nunca puso en peligro
Miembro de Juana.

Si alguna vez pensando
Quizá en amores
Detenía un momento
Su paso ó trote,
Y de su ama
La varilla sentía
Sobre las ancas,

Despertando al instante
De su letargo,
Las orejas doblaba
Volviendo al paso,
Y nunca, nunca,
Se le ocurrió dar coces
Á la inoportuna.

¡Qué talento de burro!
Pensaba Juana,
Trabajador, sumiso,
De buena pasta;
Y que me quiere
Lo conozco en sus ojos
Tan tiernos siempre.

Y como ella cantaba
Como una alondra,
Para premiar al asno,
Quiso la tonta
De su gran dote
Todos los días darle
Dulces lecciones.

Empezando pues Juana
Con su tarea
Repetía á su burro
Coplas y endechas,
Y acariciaba
Dándole sobre el lomo
Suaves palmadas.

El burro se sentía
Bien con la broma,
Y cerrando los ojos
Batía la cola;

Pero de canto.
Ni una nota siquiera,
Ni por ensayo.

Aprenderá, decía
Juana la crédula:
¿No veis como me mira
Y atención presta?
Dentro de poco
Ha de cantar á dúo
Mi repertorio.

Signió constante Juana
Con la manía
De enseñar á su asno
El arte lírica;
Pero una tarde
En que más se empeñaba
Ella en cantarle,

Pasó por frente al burro
Bella jumenta,
Que en el vecino prado
Triscaba esbelta,
Causando celos
A los jóvenes asnos
Para amar tiernos.

Irguióse nuestro burro,
Dió un resoplido,
Y un rebuzno lanzando
Claro y distinto,
Corrió amoroso
Hasta el objeto causa
De su amor loco.

Si esta vez no ha cantado,
Murmuró Juana,
Jamás este gran burro
Cantará nada.
¡Qué necia he sido
En emplear mi tiempo
Con un borrico!

Y yo le agregaré,
Pues viene al caso:
¿Pues no sabías, Juana,
Que hasta el humano
Que ha nacido pollino
Ha de ser asno?

RAMÓN DE SANTIAGO.

1860.

ESTUDIOS LITERARIOS

Edmundo y Julio de Goncourt

(Continuación)

IV

LA OBRA

§ 4

L'histoire des maitresses de Louis XV (hoy día, según he dicho, dividida en tres volúmenes: *La duchesse de Chateauroux*, *Madame de Pompadour* y *La du Barry*) conduce al lector desde el año 1730 al de 1775, es decir, resume todo el reinado de Luis XV desde su pubertad hasta su muerte; *L'his-*

toire de Marie-Antoinette, le lleva desde 1775 hasta la Revolución, encerrando, por tal manera, todo el reinado de Luis XVI; *L'histoire de la société française pendant la Révolution*, va desde 1789 á 1794, y, en fin, *L'histoire de la société française pendant le Directoire*, desde 1794 hasta 1800: todo el siglo XVIII está, pues, en esos volúmenes, y los Goncourt han terminado su obra.

Estudiados en el anterior párrafo los volúmenes señalados al principio de éste, sólo nos resta, para terminar con la parte histórica de la obra de los dos eximios escritores, hacer unos breves apuntes sobre su historia de la sociedad francesa durante la Revolución y el Directorio.

Por lo pronto, es muy digno de notarse que esta historia obedece á un plan genérico, perfectamente típico, que se separa del seguido por todos los escritores coetáneos de los Goncourt. Cuando los Goncourt empezaron á trabajar en su obra (1854), Alfonso de Lamartine acababa de publicar su *Historia de los Girondinos*, siguiendo las corrientes nuevas traídas por el romanticismo. Recordemos aquí—ya que es pertinente á la cuestión—que en Francia, durante tres siglos, desde el Renacimiento hasta 1800, poco más ó menos, es decir, hasta que Chateaubriand publicó su *Genio del Cristianismo*, el género histórico no existió ni fué cultivado más que por Bossuet (*Discours sur l'Histoire universelle*), Montesquieu (*L'Esprit des Loix*) y Voltaire (*Essai sur les mœurs, Le siècle de Louis XIV*, etc.); por manera que si consideramos que la obra del primero es obra de teólogo y la del segundo un estudio jurídico-social, no queda más que el patriarca de Ferney como verdadero historiador digno de tal nombre,—porque es tiempo de declarar que las memorias, diarios, bosquejos, ensayos, crónicas e historias de Gilles, Duplex, Velly, Mézeray, Anquetil, etc., no son trabajos á los que pueda discernirse el título de históricos.—Pero llega el romanticismo, y entre la infinita variedad de sus géneros, nos ofrece el de costumbres, ora tomadas de la vida que soñaba la imaginación, ora de la de los pueblos y naciones. Esta última es explotada con éxito por Walter Scott, y el *Quintin Durward*, el *Rob Roy* y el *Ivanhoe* atraviesan el canal de la Mancha. El hábito histórico que se desprende de esos libros encuentra repercusión en los de Chateaubriand, los *Mártires*, *El Genio del Cristianismo*, etc., y entonces el espíritu francés parece reanimarse, despertar de aquel gigantesco sueño hipnótico en que le rindiera la tragedia gloriosa del siglo XVII, y poco á poco se ven surgir talentos sólidos, poderosos, capaces de comprender el verdadero sentido de la historia, y, por lo tanto, de realizarla. Es así como vemos al cabo despertar en Francia el género histórico, que, conjuntamente con el lírico, no aparece en todo la literatura medioeval y clásica, produciendo á Guizot, Thiers, Miguet, Thierry, Tocqueville, Michelet, Luis Blanc, Martin, Lanfrey, Coulanges, Renán, Sainte-Beuve y Taine, por no citar más que los principales. Y es entonces, apenas publicados los primeros trabajos que se bosquejan y señalan las dos tendencias cientí-

ficas que hasta hoy se disputan el honor de ser llamadas historia por antonomasia, sin comprender que la una complementa a la otra y, así reunidas, es que merecen el nombre de ciencia. La historia narrativa y la filosofía de la historia son estas dos tendencias: la primera, ocupándose de recoger los hechos y las fechas para representarnos el cuadro del pasado con sus hombres y sus cosas; la segunda, fundándose en la máxima tantas veces citada «no hay ciencia de hechos» y dedicándose, para lograr el verdadero sentido de la historia, a deducir y formular leyes generales sobre los actos y obras de la humanidad, en pleno campo filosófico.

Gaizot es el más notable representante de la filosofía de la historia. Lo que Victor Cousin había hecho en el campo de la filosofía, él lo hizo en el de las ciencias históricas. Son muy conocidas, pero conviene recordarlas ahora, estas palabras del autor de la *Historia general de la civilización en Europa*: «Hasta nuestros días, los estudios históricos y filosóficos, lo mismo que los eruditos, han sido especiales y reducidos; se han escrito historias políticas, legislativas, religiosas, literarias; se han hecho sabias investigaciones, se han presentado brillantes consideraciones respecto al destino y desenvolvimiento de las leyes, costumbres, letras, ciencias, artes, de todas las obras de la actividad humana; pero, no se les ha considerado en su conjunto, de una mirada, en su unión íntima y fecunda. . . . Evidentemente, erudita ó filosófica, la historia no ha sido hasta hoy general, no ha seguido simultáneamente al hombre en todas las vías donde su actividad se ha ejercitado.» Como se ve, el estudio de las leyes que rigen las sociedades, y de las tendencias del estudio histórico de esas mismas sociedades, ó, si se quiere más claro, el examen filosófico de las ideas tal como lo hacía Buckle y como lo haría más tarde Hipólito Taine, es la norma y el fin del sistema de Gaizot.

Tocqueville, menos sabio que Gaizot pero dotado de un espíritu más generalizador, siguió el mismo camino en sus dos obras, tan justamente alabadas, *La Democracia en América* y *L'Ancien Régime et la Révolution*. Pero si grande y notable, por más de un concepto, fué el estudio hecho por este historiador orleanista y cristiano ultra sobre la caída de las instituciones monárquicas, — siguiendo su tesis de que la Revolución fué el resultado necesario y fatal de un movimiento social cuyo génesis encuéntrase en los mismos orígenes de la nación, — no cumplió su vasto proyecto en toda su extensión, y según su idea, de mostrarnos la Francia nueva reconstruida sobre los escombros de la Francia antigua. Esta última é interesantísima empresa estaba reservada al eminente filósofo que la cumplió en sus *Origines de la France contemporaine*.

Pero ya la escuela contraria estrechaba sus filas y sus campeones presentaban los frutos colosales de su inteligencia: Mignet con su *Carlos V*, Thiers con su *Historia del Consulado y el Imperio*, Thierry con su *Histoire de la conquête de l'Angleterre par les Normands*, Lanfrey con su *Historia de Na-*

poleón I, Martin con su *Histoire de France*, Michelet con su *Historia de Francia*, etc., etc. Thierry, repudiando el examen filosófico de las ideas para encarar todas las cuestiones al punto de vista concreto, recogiendo los detalles y anécdotas más pequeños, dióse á combatir á Velly y Anquetil los *soit-disant* historiadores de Francia. Así fué que se inició la resurrección de las edades pasadas, y poniendo á contribución los documentos y libros antiguos, las inscripciones y signos de los monumentos que descifraba Champollion y algunos pocos más sabios, revisando los poemas y leyendas, escribieron sus obras Coulanges, Lanfrey, Prevost-Paradol, Michelet, etc. — El fecundísimo y célebre autor de *Port-Royal* — uno de los más bellos libros del siglo XIX al decir de Brunetière ⁽¹⁾ — ya nos daba un palpable ejemplo de lo que debía ser la historia como ciencia de hechos. Historiando el jansenismo, Sainte Beuve ha hecho hombres de carne y hueso y á nuestra vista aparecen, como dice el mencionado crítico, «un mosquetero, como Tréville, un corsario, como Pontis, un doctor de la Sorbona, como Arnauld», reviviendo á par las costumbres y acciones y luchas de aquellos tiempos y mártires ya casi olvidados. En cuanto á Michelet aporta á la historia el valioso contingente de la geografía y la física; pero, por encima de esto, coloca un elemento hasta entonces despreciado: el lirismo. Acababa de ser destituido de la cátedra del Colegio de Francia, según nos lo cuenta el mismo en el prólogo de uno de sus últimos y más interesantes libros ⁽²⁾, y alejado de París, «su alma de poeta, más dulce, más entusiasta, más juvenil que nunca, ábrese á la grande y divina naturaleza, que, por otra parte, siempre había sido la religión de su inteligencia, el goce de sus sentidos.» ⁽³⁾

Sí, digámoslo bien claro: es lirismo, es el influjo de la escuela romántica el que preside en esta época á la creación de la historia. Pero aún en Michelet el lirismo va sustentado por una erudición sólida, por ideas altamente científicas. No es lo mismo que en Lamartine: la *Historia de los Girondinos* más que trabajo didáctico es un colosal poema sinfónico. Aquí ya el romanticismo ha salvado todas las barreras, y trastorna casi por completo el objeto primordial de todo estudio serio y exacto, como debe serlo el de la historia. Ernesto Renán es otro ejemplo palpable del influjo que tuvo el romanticismo sobre la ciencia histórica, y en sus *Origines del Cristianismo* salta y rebulle el lirismo, como he tratado de poner de relieve en el estudio consagrado al autor de la *Vida de Jesús* ⁽⁴⁾; pero Renán no peca, ni con mucho, como Alfonso de Lamartine, y todos sus trabajos son obras de sabio, á manera de las de Michelet. Y después de los autores citados, ¿quienes son los que se nos presentan? ¿cuál es su plan de estudio? ¿cómo es su obra? Ahí está toda

la falange de *diis minoris*, cuyo porta-estandarte lo es indiscutiblemente Eugenio Pelletan, tratando la historia, á ejemplo de los maestros, con el auxilio de la poesía y el idealismo, á fin de encadenar placenteramente las leyes generales de la humanidad. Tal vez el único que no encallara en estos arrecifes del romanticismo militantes y en esos bajos fondos de la ciencia disfrazada de leyenda ó canto épico, fué Mignet, el célebre Mignet, ó el historiador árido como le denunció cierto crítico que conservaba en sus oídos, sin duda alguna, el ritmo melodioso del harpa de oro de Alfonso de Lamartine. Pues bien, llegan los Goncourt, y ensayan la historia social — que no es la historia humana, como lo creerán algunos; — esa historia que toma á la sociedad en sus detalles y en su conjunto, para narrarnos las costumbres, recoger anécdotas, perfilar retratos, reproducir escenas y reconstruir al fin la prodigiosa máquina social con las supremas leyes que la rigen, sacando á par las conclusiones pertinentes y conexas.

Vemos por el cuadro trazado el contraste existente entre la obra de los Goncourt y la de sus contemporáneos. Éstos, siguiendo las corrientes generales, han adaptado el idealismo, — un idealismo que muy bien puede ser el de Berkeley, ó yo no lo entiendo, — á la historia eminentemente humana de Tácito con ciertos retozos de la historia casi, y sin casi, enfática y oratoria de Tucídides. Pero los Goncourt no han querido pasar por semejantes horcas caudinas, y entendiendo que en el estado actual del siglo XIX la evolución ha desterrado la historia fabulosa de que Herodoto es el vaxilifero, la heroica, que, fruto del canto épico, de la leyenda, la fábula, el cuento ó la canción de gesta, nos cuenta la Guerra de Troya, la infancia de Rómulo y Remo amantados por una loba ó los imponentes y téticos sacrificios de los Druidas; comprendiendo que la evolución ha enterrado para siempre la historia oratoria de Tito Livio, Salustio y Suetonio, por cuanto el simbolismo que hace de la patria un hombre civil no tiene ya razón de ser en nuestras sociedades genuinamente individualistas y heterogéneas, y que igual suerte le toca á la historia humana, a esa que presenta un personaje como un genio que sintetiza una época, llamando á las edades y momentos históricos «siglo de Pericles», «siglo de Luis XIV», etc., los Goncourt recogen la semilla arrojada por Voltaire en su *Ensayo sobre las costumbres* y mejorándola con el sistema de Saint-Simon nos dan historia social, presentándonos no ya el hombre guerrero, el hombre sacerdote, el hombre rey, ó el hombre poeta, el hombre pintor, el hombre de ciencia, sino al hombre como hombre, sin la careta con que entra en los dominios de Clio, con su verdadero corazón, con su misma alma, con su propia fisonomía, recogiendo, para hacer tal, apuntes, notas, retratos, autógrafos y anécdotas á granel, sin preocuparse de ideas políticas ó religiosas, cuando salen al paso, y sin atender el ridículo argumento de que Tácito, al hacer la historia de los Césares, fué casto y no presentó un balance de la prostitución, pues, como ellos mismos dicen

⁽¹⁾ Ferdinand Brunetière, *L'Évolution des Genres dans l'Histoire de la littérature*, tome I.

⁽²⁾ Jules Michelet, *Histoire du XIX siècle*.

⁽³⁾ Gustave Lanson, *Histoire de la littérature française*.

⁽⁴⁾ ESTUDIOS LITERARIOS. — Ernesto Renán. [Publicado en *El Día*.]

Tácito no escribió la historia de la sociedad romana y los que quieran conocer las costumbres de los tiempos de Nerón, Claudio y Calígula deben remitirse a Juvenal.

¿Cuál es el fin que persiguen los autores al través de esos dos gruesos volúmenes *Histoire de la société française pendant la Révolution et pendant le Directoire*? Bien claro concluyo de decirlo, y si se lo quiere más, he aquí lo que se dice en el Prefacio de ambos tomos: «Pintar la Francia, las costumbres, las almas, la fisonomía nacional, el color de las cosas, la vida y la humanidad de 1789 á 1800, tal ha sido nuestro deseo.» Y para lograrlo, los Goncourt han estudiado los papeles de la época, toda clase de documentos y de cosas, periódicos, folletos, libros viejos, autógrafos, dibujos, grabados, cuadros, etc., etc.

En el método seguido por los Goncourt hay, tal vez, una resurrección del seguido por Plutarco, y un marcado, como desdén hacia el que siguieron Buckle y Laurent. Oponer la historia «de hechos» á la filosofía de la historia, propiamente hablando, es imperdonable tontería; pero recoger «hechos», ignorados ó casi, para que otros deduzcan las leyes que de ellos se desprenden, sin intentarlo uno mismo, si es de lamentar en talento como el de los Goncourt, no es falta tan grande como para que merezca aquel calificativo ó se les acuse por falta grave é imperdonable. Al fin y á la postre, si la historia por el método de Plutarco no tendríamos ni *La historia de la humanidad*, de Laurent, ni la *Historia de la Civilización en Inglaterra*, de Buckle.

A pesar de lo dicho, no vaya á creerse que la historia de los Goncourt desprecia el estudio psíquico y moral de los personajes. Al revés, el espíritu del hombre se transpara en la anécdota ó en el documento, y el alma de la humanidad surge clara y distinta en medio del terrible y confuso malestero de acontecimientos: he aquí, pues, un nuevo punto de contacto entre los Goncourt y Plutarco y Saint-Simon. Leyendo la historia de la sociedad francesa durante la Revolución, nos enteramos de lo que era esa sociedad en sus elementos más simples y conocemos todos y cada uno de sus hombres, pues los autores desarman todo el rodaje de la máquina y nos enseñan la función que cada órgano desempeña en el conjunto, y, lo que es más todavía, el móvil, la causa, la fuerza que informa el hecho ó la acción. Por manera que la Bastilla, por ejemplo, aparece tal cual ella fué, una cárcel miserable, antinatural del despotismo y cadena segura para mantener esclavizado el altivo pensamiento humano; ó vemos á Marat con su verdadero carácter, con sus más ocultas ideas, sin esa careta de Aleccion con que otros historiadores le pasean, aun á lo largo del lóbrego subterráneo. Y tal es, precisamente, el rasgo típico que separa á los Goncourt de Lamartine. Leed la *Historia de los Girondinos*, y decid con franqueza, como yo lo digo, si no se os han caído las mandíbulas de puro boatear, pese á la alta inspiración del poeta, á sus párrafos grandilocuentes henchidos de relámpagos y fulgores, con figuras pindáricas y conceptos del más refinado lirismo y de la majes-

tad más serena. Es que aquello no es historia ni cosa que lo valga, sino un canto épico de robustas melodías y cadencias extraterrestres para derramar aureolas resplandecientes sobre la cabeza de los personajes, tran formándolos así en unos semi-dioses dignos de la mitología helena. Cada estrofa del colosal poema es una aurora resplandeciente, una maravilla del cincel, un aleteo soberbio del águila caudal con quien el poeta remonta el vuelo á las ignotas alturas; pero en medio de aquel derrumbe de bellezas, de aquellos ritmos labrados primorosamente, de toda esa mágica orfebrería de la palabra, no se levanta un latido humano, no se escucha una queja, no se oye una risa, no se ve un hombre siquiera.

En cambio, abrid la obra de los Goncourt y veréis qué aliento de verdad se levanta de sus páginas. Aquello es humano; aquello es real; ese es París; esos son sus hombres; así tuvo que ser la sociedad de la época: se siente, se adivina. Allí se respira los salones y la calle en que respiraron M.^{mo} de Beauharnais y en que se cantaba á voz en cuello la graciosa y tétrica parodia del himno de Rouget de L'Isle:

«Allons, enfants de la Courtille,
Le jour de boire est arrivé.
C'est pour nous que le boudin grille...»

Allí, el diez de Agosto, asistimos al masacre de Suleau, y encontramos al rey en el Temple. Allí aprendemos sin mentiras ni exageraciones lo que fué la mujer y el amor durante la Revolución. Allí conocemos á Sansón, el verdugo, y á M. Guillotin entregándole el instrumento que debía salvar los inconvenientes del hacha que el primero presentaba á los administradores del departamento de París en su célebre Memoria. Allí deja de ser una abstracción la bancarrota de los asignados y oímos á un mendigo parar á los transeúntes para decirles con voz dolorida esta frase que da una idea material y exacta de aquella abstracción: «Una limosna por el amor de Dios. Me hacen falta doscientas treinta libras para comprar zapatos, pues á éstos les entra el agua!» Allí penetramos en el Teatro y aunque los Goncourt no nos dan un estudio completo sobre é, ni mucho menos, pues la índole de su obra no se lo permite y no han pretendido, por otro lado, ejecutar la tarea que llevaron á cabo, con feliz acierto, Hallays-Dabot en su obra *Histoire de la censure théâtrale en France* y Henri Welschinger en la suya *Le théâtre de la Révolution*, por lo menos nos presentan los caracteres más culminantes y salientes, los detalles más desconocidos, las anécdotas más curiosas, los datos más exactos, amén de ponernos de manifiesto un rasgo elocuentísimo de lo que era aquella sociedad francesa durante el Directorio cuando nos dicen que llamaban Racine á Legouvé, el autor de *Épicharis et Néron*, Sófocles á Lucio de Lancival, el creador de *Mucius Scaevola*, Corneille á d'Arnault, el que hizo *Vénitiens* y Esquilo no recuerdo si al autor de *L'ami des lois*, el ciudadano Laya ó á Neufchâteau, el de *Pamela*. Abrid la obra de los Goncourt y conoceréis, como si las hubierais tratado á M.^{mo} Tallien y á M.^{mo} de Staël; á M.^{mo} Recamier, la enamo-

rada platónica de Chateaubriand⁽¹⁾, y á M.^{lle} Clairon⁽²⁾; á M.^{lle} Montansier y á todas aquellas mujeres, en fin, que el Terro- quiso convertir en lac-demonias y que el 9 termidor convirtió en unas cortesanas, víctimas de la moda, que fueron luciendo tales y tan exageradas desnudeces que un día bastó para hacer popular esta cancioncilla á ellas dedicada:

«Grâce à la mode
Un' chemise suffit.
Un' chemise suffit,
Ah! qu' c'est commode!
Un' chemise suffit
C'est tout profit!»

Todo un mundo palpita y se mueve y rebulle en aquellas páginas atestadas de notas comprobantes, en aque la anatomía sociológica implacable, exacta y continua. Los Goncourt hacen tanto más severo su estilo como es de escabroso el punto que examinan. No edifican á nadie; no hacen un monstruo tampoco: todos son hombres, buenos ó malos según su temperamento, pero verdaderos seres humanos al cabo. El lirismo de Lamartine está sustituido allí por el sello de lo real, nitido é impecable; la belleza se realiza por sí misma sin artificios ni afeites. Los hombres no suben á la tribuna, como en la *Historia de los Girondinos*, convertidos en héroes; son hombres, nada más, y héroes, cuando lo han sido de verdad, por sus palabras ó por sus acciones. Los autores no derraman sobre ellos un relámpago de luz inmortal; es el lector el que lo advierte al través de un gesto ó de una frase. Las mujeres no cruzan ante nuestra vista como deslumbrantes Cleopatras, embellecidas por adjetivos que el poeta arranca de su imaginación, sino que aparecen tales como fueron con sus virtudes ó defectos y con la propia belleza que les dió la Naturaleza. Si son realmente unas Cleopatras, el lector lo adivina en su andar majestuoso y acompasado, en sus gestos soberbios, en la música de su palabra, en sus gustos, sus caprichos, sus actos. Y los acontecimientos, en fin, no vienen precedidos de ninguna sinfonía, ni se escalonan artísticamente como piedras de sillería para formar imponente monumento, ni se arreglan por tal manera y rebuscados cálculos que van impresionando poco á poco y en *crescendo* al lector hasta la impresión final que debe aturdirle y cegarle; antes por lo contrario, aparecen confusos, revueltos, entremezclados de modo y manera que no parece sino que un torbellino — el verdadero torbellino social que mezcla y confunde á los hombres y cosas, altos y bajos, grandes y pequeños, — les lanzara allí sobre las tersas páginas del libro, logrando, por el realismo y verdad de ese bello desorden, darnos la inmediata sensación de un mundo lleno de vida y calor, ya desaparecido, pero que resucita en nuestra memoria.

Si, hay arte, y hermosísimo, en la obra de los Goncourt. El caudaloso río de erudición que corre al través de ella, desbor-

[1] Valentin de Vars, *Les femmes de Talleyrand*.

[2] Edmundo de Goncourt, entre las obras que ha escrito después de la muerte de Julio, tiene una rotunda *Admiration de Clairon* en que estudia á esta actriz según su correspondencia.

dante é impetuoso, no alcanza á inundar las legítimas bellezas que contiene. Estas se levantan serenas y triunfales, verdaderamente omnipotentes, seguras sobre su base, á la manera de esos montes soberbios ó árboles centenarios que desafían las cóleras de la inundación y lucen su propio poderío bajo el nublado cielo. No haya temor: todos los horrores de la Revolución se arremolinan en lo alto como nubes de tormenta, pero de allí mismo saben entresacar los Goncourt el relámpago deslumbrante que ilumine la belleza de su cuadro. Y á veces un tipo, una anécdota, un verso, un color, una futilidad se destaca de toda aquella negra mole de erudición, como un diamante desprende sus chispazos entre los negros terrores donde yace perdido, y basta por sí solo para iluminar la página con misteriosos y encantadores efluvios, animando al lector á proseguir la lectura y seduciéndole por su propio valor y belleza.

Y el secreto de este arte excelso, obtenido enemigo de los fríos y descarnados acontecimientos históricos, no es otro que la sensibilidad,—el alma creadora de toda la obra de Edmundo y Julio de Goncourt. Ella les permite hacer esa psicología admirable de los personajes, ese análisis concienzudo de los hechos. Ella les da la nota típica capaz de reflejar artísticamente, sin exageraciones ni lirismos, el corazón que vive en un sér, el pensamiento que dirige aquel corazón, la causa que origina ese pensamiento. Un rasgo, una sombra, una palabra, un ademán, un matiz que hubiera pasado inadvertido para la generalidad, hierce inmediatamente el sensorio refinado de los Goncourt, se hace perceptible á su conciencia y les descubre que él, con su insignificancia y todo, es el único capaz de animar un cuadro, hacer vivir un hombre, producir la belleza en una palabra.

¡Cuántos secretos preciosísimos no han descubierto los Goncourt por el poder de esa sensibilidad que les caracteriza! Ha dicho en otro lugar que la fuente principal de esa historia de estos dos escritores es la carta autógrafa. Pues bien; ¿si no fuera por esa sensibilidad extremada y exquisita lograrían ellos alcanzar el carácter de un tipo, el móvil de una acción, el secreto de un gusto, la idea de una frase, el capricho de una moda, la inclinación de un instinto, la tiranía de una pasión, la fuerza de una voluntad, el ideal, en fin, de una imaginación con las tristezas ó alegrías, dolores ó placeres, orgullos ó humillaciones, esperanzas ó descorazonamientos que combaten el espíritu humano? ¡Y ellos perciben todo eso, todo lo advierten, todo lo descubren! Apercibidos con su sensibilidad atacan el manuscrito y al través de las líneas, en los rasgos y perfiles de la letra, en el temblor ó firmeza del pulso, en todo y en nada, ven el pensamiento y el corazón que dictó esa carta.

Así es que logran llevar á feliz término su historia de la sociedad francesa durante la Revolución y el Directorio. No examinan solamente las guerras, tratados, conferencias internacionales, etc., etc., que llenarían, descarnadamente, una historia; los Goncourt se preocupan de hacer la historia privada de un siglo, de un país y de una raza de

hombres. Y ejercitando, por tal manera, la historia social, en el más lato sentido, es como en esos diversos volúmenes que enumeraba al principio de este párrafo, nos dan el carácter de la Nación francesa en todo el siglo XVIII y nos dejan entrever la ley suprema que la rige, al lado de pequeñísimos detalles que nos bosquejan las cosas del hogar, las costumbres privadas, los secretos familiares. Es la historia del todo y de la parte, del continente y del contenido. Y ora analice y describa un sistema social, desde su génesis hasta su completa desaparición, prenotando los síntomas que le anunciaron y estudiando los actos y leyes que desarrollaron y produjeron, ora caente los pequeños secretillos de la alcoba del rey ó del súbdito, trasladándose después al gabinete del pintor ó del poeta para marcharse enseñuiga al teatro donde recogerá apuntes escondidos entre los bastidores, ora suba al salón de un ministro, de una favorita, de un cortesano á fin de darnos datos exactos sobre sus costumbres, ideas y acciones recogidas en pequeños apuntes dispersos, en volúmenes olvidados, en un bronce, un cuadro ó un *biblot*, siempre será ella la historia social por cuanto, así que relacione entre sí todos esos detalles infinitesimales, veremos surgir claro y distinto el espíritu de una raza, la marcha de un pueblo, el genio de una nación. Venga después un Buckle y termine la obra, ya casi terminada por otra parte. Las conclusiones están allí de relieve; únicamente ha faltado que los Goncourt las redujeran á leyes.

Fácil es ahora, para los lectores, comprender la verdadera originalidad de la obra de los Goncourt frente á las obras que, sobre el mismo tema, escribieron otros historiadores de su época. Y si la *Historia de la Revolución Francesa*, de Thiers tuvo el mérito de ser la primera en la cual se hizo la apología de la Revolución, sin ambages ni argucias, antes bien enalteciendo todos los actos de la Asamblea Constituyente, de la Legislativa, de la Convención y del Directorio; y si la *Historia de la Revolución francesa desde 1789 á 1814*, de Mignet, con ser más corta que la anterior, ha sido puesta por sobre todas por su exposición y claro criterio; y si la *Historia de la Revolución*, de Michelet, se impone por la valentía con que ensalza á Dantón y justifica al Terror y nos encanta con su lirismo puro y elevado; y si, en fin, la *Historia de la Revolución Francesa*, de José Luis Blanc, se caracteriza, como ninguna por la firmeza de convicciones de su autor,—la *Historia de la sociedad francesa durante la Revolución y la Historia de la sociedad francesa durante el Directorio*, de Edmundo y Julio de Goncourt, se nos presenta como el estudio más completo, analítico y psicológico, anedótico y transcendental, de una de las épocas más grandes de la historia, de una de las luchas más terribles y de más profucos resultados, de un movimiento social grandioso muy aproximado á nuestros días para juzgarle imparcialmente y con sereno criterio y bastante alejado también como para que haya que recoger infinidad de datos, ya casi olvidados, algunos perdidos, los más erróneos ó falseados los menos, y sin los cuales la historia

del porvenir no podría dar su fallo inapelable.

Baste á la gloria de los Goncourt este hecho elocuentísimo: la gran mayoría, por no decir todos, de los historiadores que han escrito sobre la Revolución, posteriormente á ellos, han saqueado su obra,—la más de las veces sin indicar la fuente, dicho sea en honor de la verdad.

Y para concluir estos apuntes, demasiado breves tal vez, respecto á las obras históricas de los hermanos Goncourt, permítasenos señalar un vacío en ella; y es que su estudio de «la sociedad francesa» no lo es de toda la nación, como lo hace suponer ese título, sino exclusivamente de «la sociedad parisiense». Es en vano buscar en los dos tomos de los Goncourt una página que refleje la vida provincial. Esa página no ha sido escrita. La centralización que crean los historiadores no cumple, pues, la tarea que hace sospechar el título de su obra. Pero si no los Goncourt, Taine en los *Orígenes de la Francia contemporánea* ha hecho ese estudio, llenando así el vacío que informan las obras de aquéllos y de Thierry.

(Continuará.)

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

A LA MUERTE

¡Ya te siento venir! Como el mancebo que lleva en su alma del amor el dardo, á doncella gentil, yo, que te debo mi más dulce ilusión, á tí te aguardo!

Con ansia sin igual que mis sentidos abstraer del mundo y su bullicio y pompa, mi corazón anuncia en sus latidos que muy presto quizá su cárcel rompa.

Te vislumbro radiante de belleza, como sifide en nube vagorosa; erguida la gentil blonda cabeza, risueña la mirada esplendorosa.

Eres tú, no lo dudo, la hechicera visión de mis ensueños de bonanza; la que ofrece la dicha lisonjera, la que colma del alma la esperanza.

La que brinda la copa rebosante de néctar que mitiga los dolores, al apagar la sed desesperante de bienestar, placer, oro y amores.

Sí, te vislumbro, maga bienhechora, con tu veste de reina y con tu cetro; con tu cuerpo de gracia seductora, ante quien todo cuerpo es un espectro.

No es, tu veste riquísima, sudario, ni tu cetro es tampoco vil guadña; el que así te haya visto es visionario; quien te imagine así, loco se engaña.

Todo lo que en tí luce es lo perfecto, pues junta á la verdad la gentileza; quién puede disputarte á este respecto aquí entre la mentira y la bajeza?

Sólo te hallan horrible los ilusos
que esperan ver colmar sus vanidades;
los que en pos del placer y los abusos
van sembrando la vida de maldades.

—
Mas eres un dechado de belleza,
¡oh señora gentil de lo ignorado!
y ante ti baja humilde la cabeza,
como el vil marcenario, el ruin malvado.

—
Y tienen que rendirte su homenaje
el altivo, el procz, y el orgulloso;
y el que reparte denigrante ultraje
porque es rico, magnate y poderoso.

—
Todos los que gozosos y felices
su orgullo ostentan ofendiendo al pobre,
como viles humillan las cervices
al ver tu faz, aunque valor les sobre.

—
¡Oh, ninfa encantadora que dominas
en este frágil, misero planeta!
para ti son las rosas sin espinas,
para ti las dulzuras del poeta.

—
Todo lo absorbes tú, como el abismo
que del vértigo en pos hace el arrastro;
y en la escena de horrible cataclismo
te ostentas deslumbrante como un astro.

—
Salve, reina del mundo del misterio,
señora de la vida deleznable:
no es tu mansión el sucio cementerio;
tu palacio es el orbe perdurable.

—
Allá meditas con labor fecunda,
como entre sus matraces lo hace el sabio;
y allí transformas la materia inmundada
con sólo un soplo de tu ardiente labio.

—
Ministro diligente del Augusto
que en renovar lo creado se recrea,
interpretando su exquisito gusto
tu genio por el mundo se pasea.

—
Dichoso el que tus ojos seductores
llegan á ver para mirarlo fijo,
pues le sacas de un mundo de dolores
para llevarle á aquel que Dios bendijo.

—
Tú eres el genio que la dicha vierte
como vino escanciado en copa de oro;
tú eres el genio de la dicha, ¡oh Muerte!
y por eso, rendido, yo te adoro.

—
Feliz me sentiré cuando tus brazos
á tu seno me estrechen cariñosos,
y á ti me ligan sempiternos lazos,
para gozar tus mimos deliciosos.

—
¡Oh, si! pues será eterna mi ventura;
que por ti, ¡oh deidad de las deidades!
podré salir de aquesta selva oscura
para ver las celestes claridades.

—
Hazme pronto partir; mas lo terreno
que hay en mí, que se funda en una pira,
para librarme bien de todo cieno;
pues á lo puro y santo mi alma aspira.

Quiero llegar á ti por el effluvio
de la llama sutil de ardiente hoguera,
como llegan al éter, del Vesubio
los átomos que van de esfera á esfera.

CONSTANTINO BECCHI.

Montevideo, 8 de Octubre de 1895.

El primer honorario

Indalecio, atuzándose el bigote, camina-
ba apresurado por la acera.

La cita era á las nueve y media, y se
había pasado la hora con exceso. ¿Qué diría
su amigo? Seguramente, se habría impacien-
tado, y con razón: después que le hacía el
favor de presentarlo ¡tener que esperar tan-
to tiempo!

Pero el maldito sastrero tenía la culpa, por
no haber planchado antes el frac. ¡Ah! el
día que él pudiera, tendría fracs, corbatas,
sombreros, botines, todo por docenas!

La calle estaba casi intransitable; muje-
res, hombres, niños, ancianos, se cruzaban
y rebullían alumbrados por la luz de los
faroles y de los escaparates de las joyerías,
codeándose y apiñándose para contemplar
los objetos de las vidrieras, ó para no bajar
del pavimento liso de la vereda á las pie-
dras desiguales de la calle, impulsados por
aquella masa humana que se deslizaba á lo
largo de los edificios, semejándose á un
inmenso hormiguero en su mayor actividad.

Indalecio iba apartando con el bastón los
vendedores de billetes de lotería y evitando
el saludo de las personas conocidas, pare-
ciéndole interminable el trayecto que me-
diaba desde su casa al café.

—¡Hombre! ¡hombre! ¡vaya una puntuali-
dad! exclamó Roberto al verle.

—Tienes razón, pero perdóname.

—Seguro que estarías como una dama
haciéndote una minuciosa *toilette*.

—¿Qué quieres? no he podido venir
antes.

—Pues no te hubieras comprometido, y
sobre todo, no necesita tanto acicalamiento
para ser presentado en una casa quien como
tú reúne tan buenas prendas morales...

—Gracias; pero te equivocas, Roberto;
ya sabes que yo no soy...

—Sí, sí, te conozco demasiado. Quieres
ser tan pulcro en el vestir como en tu con-
ducta, y sacando el reloj, exclamó: —vám-
onos; ahí está mi carruaje.

Roberto amaba á su amigo como á un
hermano. Desde que empezó á cursar las
primeras asignaturas del bachillerato había
simpatizado con él, por el carácter bonda-
doso que tenía y por la clara inteligencia
que revelaba cuando el catedrático, que
había notado las raras aptitudes de su joven
discípulo, lo interrogaba para ponerle á prue-
ba. Y desde entonces se hicieron insepara-
bles, á pesar de la diferencia de origen entre
ambos, y de la desigual posición social
que ocupaban; pues el primero era hijo
de una de las familias más distinguidas y
pudientes de la capital, mientras que el

segundo, de humilde cuna, podía apenas
costearse sus estudios.

No había transcurrido mucho tiempo
después de haber salido del café, cuando
entraban los dos amigos en la aristocrática
morada de la familia de Alvarconde.

—El doctor Indalecio Nuro, dijo Robe-
rto al presentarlo; —la señora de Alvarcon-
de; el señor Alvarconde; la señorita Ester;
la señorita Sara.

Indalecio quedó prendado de la familia de
Alvarconde, pero sobre todo de Sara. ¡Qué
conversación tan agradable! ¡Qué modales
tan distinguidos y qué timbre de voz tan
armonioso! Bien se había imaginado que
aquella deliciosa mujer que había admira-
do en los paseos, tenía que reunir en so-
ciedad todos los encantos de una diosa.

Al rato la madre de la señora de Alvar-
conde apareció en la sala, y fué también
presentada al doctor Nuro por Roberto, que
era antiguo conocido de la familia.

Era la abuela octogenaria, pero á pesar
de su ancianidad conservaba un espíritu
jovial que había sido, allá en sus mocedades,
encanto y deleite de sus contemporáneos.

—¡Nuro! ¡Nuro me ha dicho V? exclamó
la abuela acercando la silla hacia donde
estaba Indalecio.

—Es verdad, señora.

—¡Nuro, Nuro! si mal no recuerdo, en
mis tiempos he conocido un tal Indalecio
Nuro. ¿No es español su padre?

—Lo era, porque el pobre no ha tenido
la dicha de verme hombre.

—Su mamá ¿no se llama Eufemia?

—Eufemia, sí.

—¡Ah! ¡ah! pues entonces son los mismos
que yo he conocido; ¿no vivían Vd? por la
Maestranza?

—Efectivamente, allí he nacido yo.

—Ah! ¡ah! los he conocido mucho; su
papá de V. era labrador...

—¡Mamá señora! interrumpió Ester, creo
que te buscan adentro...

—Deja, deja, hija mía; siempre me ha
gustado á mí hablar de los viejos conocidos.
Porque, mire V., yo vivía en aquel tiempo
en la calle del Portón, y á pesar de la seve-
ridad y la alta alcurnia de mis padres,—pues
ha de saber V. que mis padres habían veni-
do á América en viaje de recreo acompa-
ñando á un virrey, que era muy su amigo y
no como simples co'onos,—á pesar de eso,
era yo muy democrática y me trataba con to-
do el mundo. Su mamá venía casi dos veces
por semana á nuestra casa á traerle la ropa
á Enrique, mi hermano, de quien era plan-
chadora.

Roberto, que estaba disgustado con el
giro que tomada aquella conversación,
aprovechando el instante en que se retira-
ban la señora y Sara, llevó á Ester al piano,
y los acordes de una melodía de Ludovie
vinieron á interrumpir la palabra de la
abuela.

Indalecio quedó petrificado en el sillón
mirando á la anciana, que también se retira-
ba llamada por una sirvienta y creyó por un
momento que todos aquellos cortinados de
Velours de Gênes y los riquísimos cuadros
y objetos que ostentaba el salón se caían
sobre él y lo asfixiaban.

Después que Ester hubo concluido, le preguntó á Indalecio si sabía ejecutar.

—No, contestóle éste secamente, pareciéndole aún oír la visita burlona de Sara al retirarse, y continuó: he pasado la mayor parte de mi vida estudiando, y muy pocos han sido los momentos de que he podido disponer para deleitarme.

—¿Y cree V. que sea un gran placer el tocar el piano?

—Para V., tal vez no; para mí, lo hubiera sido.

Y en seguida se retiraron, los visitantes, sin esperar que regresaran los que se habían ausentado del salón.

—¿Adónde vamos? dijo Roberto á Indalecio, antes de subir al carruaje.

—Adonde tú quieras, contestó Indalecio con indiferencia.

—¿Al café?

—Al café.

Era una noche cruda de invierno, pero las luces del gas y el hálito de los concurrentes habían entibiado tanto la atmósfera del café, que al entrar Indalecio exclamó: — ¡qué bien se está aquí!

—¡Lástima que estén ocupadas las mesas, y no podamos jugar una partida á la carambola, contestó Roberto.

—No importa, dijo Indalecio; vamos á sentarnos á tomar algo en aquella mesa donde están los muchachos.

—¡Ojalá vienen Vs. á tiempo, dijo uno de los que estaban en la mesa, nos disponíamos á tomar coñac, y Vs. nos acompañarán.

—No! contestó Indalecio; es esa una bebida muy vulgar. Necesitamos algo más espiritual: voy á convidarlos con champagne. Hoy he recibido el primer honorario que gano en mi carrera de abogado, y justo es que lo festeje con mis amigos.

—Gracias, gracias, contestaron todos.

El ruido que produjeron las botellas al ser destapadas llamó por un momento la atención de los concurrentes, que miraron hacia el grupo de jóvenes que empezaban á saborear los primeros sorbos del espumante vino.

—Te felicito, dijo Manuel Rivas, dirigiéndose á Indalecio. ¿Y saliste bien en tu defensa?

—Bien y mal, al mismo tiempo: bien porque se transó, y mal porque era un asunto ganado y se perdió en primera instancia.

—¿Y cómo fué eso? interrogó otro.

—Como sucede siempre, dijo Indalecio; nombran de jueces á personas ineptas, y no es extraño que den sentencias como palo de ciego.

—Tienes razón, interrumpió Rivas; salvo honrosas excepciones, cuando no está de por medio la ignorancia, lo está el favoritismo; por eso aconsejo á todos mis clientes que trancan, aunque sea perdiendo, antes de meterse en juicio.

—Es que en la administración de justicia también se hace política, dijo otro de los concurrentes.

—¿Y cómo no! si hoy la política, lo absorbe todo, contestó Indalecio. Pero, ¡mozol! siguió diciendo, traiga más champagne.

—No, hombre, exclamó Roberto; es ya demasiado.

Es preciso olvidar, volvió á decir Indalecio, todas estas miserias.

—Á la verdad, contestó Rivas; ya no se pueden soportar más los desaciertos de este oprobioso gobierno.

—No, no se puede seguir así, dijo Indalecio llenando las copas de los amigos; son unos farsantes, unos desvergonzados, unos pillos, desde el Presidente e hasta el último empleado de la más oscura repartición. . . . Hay que hacer una reforma radical; nada de contemplaciones partidistas; nada de aplicar doctrinas filosóficas más ó menos discutibles á nuestra morfológico organismo político, que son suaves emolientes en llaga cancerosa; hay que amputar el miembro tumefacto para que tenga vida el resto del organismo; no hay que dejar librado simplemente al progreso que en su marcha evolutiva modifique paulatinamente esta atmósfera insana que respiramos, no; nosotros tenemos también el deber de coadyuvar con nuestras fuerzas á esos fines que incesantemente persigue la humanidad: es preciso hacer algo; y no dejarnos llevar por esta inercia que nos domina, ¿lo oís?

Indalecio se había parado para llenar nuevamente las copas. Sus cabellos negros caían en desorden sobre su pálida frente; su mirada algo vaga, y dominado su cuerpo por una insólita excitación, le daban aspecto de orador revolucionario.

Después de servir á todos, quedándose de pie con la copa de champagne, siguió: — Estamos en un momento crítico de nuestra historia política; tenemos de un lado la espalda de Damocles suspendida sobre nuestras cabezas que nos amenaza con el abismo, es decir el pasado, ese pasado sombrío, con todos los crímenes y honores que encierra; y del otro, del otro. . . . ¡Quién sabe! me parece que el porvenir superará á nuestros ensueños de engrandecimiento. ¡Ah! . . . me parece ver á Montevideo con su espléndido puerto surcado por las naves de todas las naciones, monopolizando el comercio de la América del Sur! . . . No se puede trepidar en la elección: entregarnos á la anarquía partidista creyendo hallar en ella la felicidad de la República, es un absurdo; hay una parte enferma en nuestra comunidad que es preciso combatir; pero para ello se necesita la fusión de todos los elementos sanos. . . . Levantar ahora cualquiera de esas banderas sangrientas que han flameado durante tantos años por todos los confines de la República, esterilizando en sus luchas los veneros de nuestra riqueza nacional, es una aberración digna sólo de los habitantes de los desiertos africanos. . .

Y no se diga que se equivocan en sus apreciaciones, mentira; se amparan de un estandarte cualquiera para poder, á su sombra, llenar sus mezquinas aspiraciones personales.

Se pasó un momento para llenar nuevamente las copas, y en particular la suya, que bebió de un solo trago; y siguió: — ¡Ah! todo está subvertido; la corrupción ha contaminado á muchos corazones que parecían inaccesibles; ¡ay! compañeros y maestros de mis primeros años, si ha sido un error el que habéis padecido, os lo perdono; pero, si á sabiendas falseáis los principios que me

inculcasteis, que el fuego del Averno sea poco para consumiros. . . .

—Sí, hasta de mí mismo dudo que pueda sobreponerme á esa efervescencia contagiosa de lujo y ambición que nos arrastra; pero si con el transcurso de los años caigo de mi pedestal, caiga sobre mí el anatema de todos. . . . ¡Qué época! ¡cómo se falsean los principios adquiridos á costa de tanta sangre derramada por nuestros antepasados. . . . ¡La república! . . . diré como César: nombre vano, sombra sin cuerpo. . . . ¡La democracia! . . . ¡bah! un mito. . . . ¿Es V. pobre? basta, aunque la virtud haya sido la norma de todos sus actos. ¿Es V. inteligente y apto para desempeñar un puesto público? Eso no puede equipararse con la recomendación de la querida ó prostituta que se ha revolcado la última noche con el mandatario. . . . ¿Es V. descendiente de una familia humilde? ¡Ah! eso es un crimen. . . . un crimen.

En ese momento se le cayó la copa y fué á romperse contra la mesa de mármol. Apenas podía sostenerse en pie: estaba ebrio.

Roberto, que había notado que era el blanco de las miradas de todos los concurrentes, le tomó de un brazo para llevarlo.

—No, no, balbuceaba Indalecio luchando por desasirse; déjame; quiero hablar más, más.

JOSE ANTONIO MORA.

La Mesa de Artigas

German García Hamilton tiene el honor de saludar á la ilustrada Redacción de la Revista Nacional de Literatura, á la vez que se permite enviar para su publicación el trabajo adjunto. —Frías-Bentos, noviembre 20 de 1905.

APUNTES DE VIAJE

Marchaba el vapor entre ruido de émbolos, estridencias metálicas y trepidaciones acompasadas y monótonas.

Largo aírón de humo negro, salpicado á trechos de chispas brillantes, iba ascendiendo lentamente desde las altas chimeneas pintadas de rojo hasta confundirse y perderse entre las nubes blanquecinas y densas de un cielo plomizo.

El Uruguay, rizado apenas por el soplo leve de una aura saturada de silvestres efluvios, rodaba lentamente durante algunas millas, para ir luego á estrellarse y romperse en la áspera sirte que forma el *Herudero*; y un sol de estío, ardiente y rojizo, embotaba un tanto los dardos de su lumbré en la semiopacidad de una atmósfera caliginosa y sofocante.

Por un lado la tierra uruguaya, con sus altas *cuchillas* tapizadas de trébol, sus palmares inmensos que se internan hasta confundirse y perderse en el horizonte, y sus altas barrancas extendidas á modo de muralla gigantesca en todo lo largo de una costa ríscosa y agreste. Por el otro, la tierra argentina baja, despoblada, uniforme, con esa monotonía silenciosa é inmensa que nos

trae á la mente la solemne majestad de la pampa, la imponente soledad del desierto.

Tendidos á lo largo de los amplios divanes que forman los asientos de la anchurosa cámara del buque, algunos pasajeros dormitaban, sin que, al parecer, llegase á molestarles ni el rumor de la máquina ni el abrir y cerrar de los abanicos con que las señoras pretendían en vano alejar de sus rostros los tibios besos de un calor de los trópicos, cuando, de pronto, y á manera de heraldo, una voz anunció desde cubierta: «La Mesa de Artigas».

Aun faltaba buen número de millas para llegar á ella, y ya se divisaba en lontananza, majestuosa y aliva como una gigantesca sepultura faraónica, aquella mole inmensa avanzada audazmente sobre el río.

Subimos á cubierta; y á medida que el buque salvaba la distancia con una rapidez de treinta kilómetros por hora, se hacían más visibles los contornos regulares y casi simétricos de la meseta, afectando la forma de una vasta pirámide trunca en su cúspide y cuya base socavan y barren las rguas que un día reflejaban la imponente figura de Artigas.

Una vegetación arbórea, caprichosa y enana, sombreaba á trechos el valle; y en aquellos contornos solitarios ni una ruina siquiera revela la presencia del hombre al viajero que observa desde el río.

No parece sino que la superstición y los temores engendrados por las fantásticas leyendas que el vulgo refiere de aquellos históricos sitios, alejasen de ellos toda población ó vivienda, manteniendo así solitario y agreste aquel alto monumento con que la naturaleza, más sabia y justiciera que los hombres, parece querer perpetuar para siempre la memoria veneranda del héroe.

Se eleva la meseta á unos cincuenta metros sobre el nivel habitual de las aguas, contando por su base noventa aproximadamente de ancho, y tiene su asiento á unos treinta kilómetros al Sud del Salto, frente al angosto canal del *Hervidero*.

En los últimos tiempos del coloniaje era el sitio predilecto de Artigas para plantar su tienda, dominando así desde la ancha explanada que forma la cima un vasto horizonte fluvial y terrestre que exploraba, siempre recelosa y siempre vigilante, la mirada de águila de aquel caudillo legendario.

Al pasar el vapor junto á la meseta todos íbamos silenciosos y atentos, y cada cual reconstituía á su manera en el corazón ó en la mente, ayudado por la imaginación y los recuerdos, aquel antiguo campamento de centauros á cuyo heroico esfuerzo y titánico empuje debe su independencia esta tierra uruguaya, simbolizada ahora por esa enseña hermosa que iba flotando altiva en el mástil más alto de nuestro navío, como flotara otrora al soplo tempestuoso de un huracán de muerte movido por las alas de la gloria.

Pocas horas más tarde, y después de dejar á nuestra espalda los blancos caseríos de Guaviyú y Colón, situados á ambas márgenes, comenzaron á divisarse á la distancia los vagos lineamientos de un pueblo; y á las doce del día, lanzando á los aires bo-

canadas de humo y vapores acuosos, anclaba nuestra nave frente á los altos muelles de la ciudad histórica.

GERMÁN GARCÍA HAMILTON.

TU CANTAR

(EN UN ÁLBUM)

Tiene tu voz la rítmica cadencia
Del suspiro armonioso de la brisa,
Cuando aromada y pura se desliza
Besando las corolas de la flor;
En tu sencilla, angelical mirada
Hay un mundo de gratas ilusiones,
Y ¡cuántos, Elia, cuántos corazones
Latirán al impulso de tu amor!

Yo he escuchado las dulces melodías
Que ha modulado tu garganta hermosa,
Catarata de notas, armoniosa,
Que han extasiado mi afligido ser;
Mas no puedo encontrar entre las cuerdas
De mi tosco laúd ningún sonido
Que semeje en lo armónico y sentido
A esos que emites tú, bella mujer.

Sólo quiero decirte que en las tardes,
En esas tardes puras y serenas,
Cuando un murmullo se percibe apenas
Y la Naturaleza un canto eleva á Dios,
Entonces he buscado con empeño
Algo divino que igualar pudiera
Un mágico preludio que tuviera
El magistral acento de tu voz.

He encontrado en las auras murmurantes,
En el susurro de la mansa fuente,
Del arroyuelo en la fugaz corriente
El eco de tu canto angelical;
Harmonía dulcísima que brota
Del plectro de oro que hay en tu garganta,
Acorde que al espíritu levanta
Á la mansión de dichas celestial.

GONZALO LARRIERA VARELA.

Apuntes de Derecho Constitucional

LIBERTAD PERSONAL

(Continuación)

No insistiremos más sobre este punto, pero haremos una observación final. Por mucho respeto que nos merezca, y nos lo merece muchísimo, la Comisión informante, y por muy seductora que sea la distinción que establece, á todas luces ingeniosa, creemos con todo que ésta no pasó por la mente de los redactores de nuestra Constitución.

Pasemos ahora á examinar la segunda de las cuestiones propuestas, vale decir, si la Constitución autoriza á cualquier individuo de la sociedad á entablar juicios penales, ó, lo que es lo mismo, si permite la acción popular.

Es sabido que cuando entró á regir la Constitución estaban en vigencia entre nosotros las leyes españolas: tan así es, que por el artículo 148 se declaran en su fuerza y vigor las disposiciones que hasta entonces habían regido en todas las materias y puntos que, directa ó indirectamente, no se opusieran á lo en ella prescripto ni á los

decretos y leyes expedidos por el Cuerpo Legislativo. Ahora bien, como las leyes españolas hablaban de la acción popular, lógico es suponer que nuestros constituyentes, que las conocían, quisieron hacer abstracción completa de ella al establecer, como establecen, en el artículo que estudiamos, que «todo juicio empezará por acusación de parte ó del acusador público.»

¿Es conveniente que los constituyentes hayan prohibido, bien que de un modo implícito, la acción popular? Parécenos que sí, desde que en nuestra campaña se hace poco menos que imposible la aplicación de este sistema, usado con tanto éxito en Inglaterra y los Estados Unidos, y sobre todo porque choca á nuestras costumbres y á nuestra propia educación civil.

Pero supongamos este caso: Que, cometido un crimen, no sea su autor encontrado *in fraganti* ni se presente parte acusadora, particular ni pública. ¿Deben los jueces permanecer indiferentes, ó, por el contrario, pueden por sí solos iniciar la acción criminal correspondiente?

Tal es la cuestión, resuelta del primer modo por el Código de Instrucción Criminal que nos rige.

El ilustrado autor del Proyecto de Código de Procedimiento Penal, Dr. Vázquez Acevedo, cree con razón que esta interpretación dada al artículo 115 de la Constitución es errónea.

Oigamos su autorizada palabra.

«Estando á las explicaciones contenidas en el informe del autor del Código de Instrucción, la disposición del artículo 146 de dicho Código tiene por objeto expresar que sólo es permitido el procedimiento de oficio, esto es, las investigaciones sin excitación de parte, en los casos de *in fraganti delicto*.

¿Quiere decir, entonces, que los jueces deben mantenerse impasibles é indiferentes en presencia de la noticia de un crimen, dejar que se borren las huellas ó rastros del mismo, cuando no se trate de delitos *in fraganti* y no haya un acusador público ó particular?

Tal es, en efecto, la consecuencia forzosa de lo dispuesto en el artículo á que nos referimos.

Su inconveniencia no puede ser más grave, puesto que son frecuentes los casos de delitos en que el autor no es descubierto ó tomado *in fraganti* y en que no hay ó no puede haber gestión de parte ó del acusador público; y en todos esos casos será forzoso cruzar los brazos, dejar que huya el criminal, aunque sea posible comprobar su culpabilidad y perder la mejor ó única oportunidad quizá de reunir los datos y comprobantes necesarios del delito.

Comprendiendo en parte esto, se ha tratado de disminuir el alcance de la disposición estableciendo que, «no obstante lo prevenido en el artículo 146, todo juez que tenga conocimiento de haberse ejecutado un delito *pública y notoriamente* deberá hacer extender un acta en que detalladamente se consignen los hechos que constituyan el acto punible, etc., etc., y ocupando todos los objetos que puedan tener relación con el hecho criminal.» (Artículo 149).

Pero con esta disposición poco se remedia. Desde luego, ella no se refiere sino á los delitos ejecutados *pública y notoriamente*. Quedan, por consiguiente, excluidos los delitos que se ejecutan en las sombras y el misterio. Después, no se ordena sino la simple inspección ocular, la descripción del lugar, cosas y efectos del delito, y la ocupación de los objetos. Al juez no se le autoriza para tomar declaraciones, aprehender al delincuente y dictar las medidas necesarias para el descubrimiento y comprobación del delito y para asegurar las responsabilidades del reo.

El origen de la disposición contenida en el artículo 146 es en nuestro concepto una inteligencia errada del precepto constitucional según el cual «todo juicio criminal debe empezar por acusación de parte ó del acusador público».

La Constitución se ha referido al juicio plenario, que es el juicio criminal propiamente dicho, y no al sumario, ó sea á las diligencias de descubrimiento y comprobación del delito, que no constituyen en realidad un juicio.

Además, el objeto que la disposición constitucional tuvo en vista fué impedir que se confundieran en una misma persona funciones de juez y parte, que era el gran defecto del procedimiento de oficio; y ese objeto se logra deslindando con toda precisión el juicio plenario del sumario y separando de una manera radical las funciones del juez instructor de las del juez de sentencia, ó sea encargando de las dos funciones á diferentes magistrados, como se ha hecho en el Proyecto.

Por otra parte, si la disposición constitucional hubiera de entenderse como la entiende el Código de Instrucción Criminal, la misma prescripción del artículo 146 sería contraria á ella, puesto que, dados los términos generales del artículo 115 de la Constitución, no sería permitido exceptuar ni aun los casos de *in fraganti* delito, y jamás estarían autorizados los jueces para levantar sumarios, ni para iniciarlos siquiera con simples inspecciones oculares ú ocupaciones de objetos.» (1)

Hemos podido apreciar en el curso de este capítulo la necesidad de la publicidad del juicio penal y el peligro inminente que para la libertad personal surge del desconocimiento de esta prescripción cuando, como se ha hecho entre nosotros, se aleja de la formación del sumario al defensor y á la parte acusada. Esto importa, por otra parte, un abierto ataque á las manifestaciones más explícitas de la Constitución de la República, pues ella declara terminantemente: «quedan abolidas las pesquisas secretas.»

¿Qué son, en presencia de hechos tales, las garantías de la carta fundamental y las frases fastuosas de libertad, seguridad personal, igualdad civil y política? ¿Qué es la Constitución, si no puede regir más que con permiso de las leyes, y lo que es peor aún, de los encargados de aplicarlas? (2) «Una

Constitución, dice Sarmiento, no es una trampa ni una celada tendida á las preocupaciones populares, con ciertos resortillos secretos ó *inapercibidos* por donde se han de hacer en la práctica fracasar todas las pomposas declaraciones que se ostentan en su frontispicio. Una Constitución es la suprema ley de un pueblo, es el Decálogo de los preceptos políticos y el paládium de las libertades, como la regla de los actos de los poderes públicos.»

(Continuá.)

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

NAVEGACIÓN DE LA LAGUNA MERIM

(Conclusión.)

Entre estos medios, hubo uno aconsejado por las circunstancias, indicado por las violencias de Rosas mismo, y que al fin fué el grano de arena que fué creciendo hasta asumir las formas colosales de una montaña.

Rosas traía amedrentado al Brasil con la insolencia de sus reclamaciones, con las violencias cometidas en la frontera.

El Gobierno imperial, por su parte, huía de ser arrastrado á una guerra, ya por temor del mal éxito de las anteriores, ya por las complicaciones interiores y disturbios del Imperio, ya en fin por no comprender nada de la lucha del Río de la Plata.

En este estado de cosas, el Gobierno de Montevideo mandó un Agente diplomático á la corte del Brasil, á contrariar, cuanto fuera posible, la política y planes del general Guido, Agente de Rosas. Don Andrés Lamas es uno de los hombres más notables que se han formado en el sitio de Montevideo. Mezclado á los asuntos públicos de su patria, desde la edad de quince años, ha servido en el Estado Mayor de Rivera, en la Policía de Montevideo, en los Ministerios, en la Cámara, en los Consejos de Gobierno, en los clubs, en la diplomacia, en todo. Es escritor notable, poeta correcto, muy dado á los estudios estadísticos y geográficos, una mezcla de timidez personal y de audacia civil y política, infatigable en la lucha, con claridad en los propósitos, dúctil de carácter, prudente en los medios, de locución atractiva, don Andrés Lamas necesitaba un teatro en que desplegar sus talentos naturales y adquiridos, y este teatro lo halló en Río Janeiro.

Su recepción ya fué materia de lucha: Guido y un enviado de Oribe, por recibirse Agente Oriental, le disputaron el terreno palmo á palmo.

Un Ministerio vino abajo en los vaivenes de estas fuerzas en pugna, y Lamas quedó reconocido Enviado Plenipotenciario de la República del Uruguay ante S. M. el Emperador del Brasil. El Emperador, de edad de veinte y uno á veinte y dos años, empezaba á tomar posesión del Gobierno del Imperio y de sí mismo, dejando traslucir esa virilidad de concepción y ese sentimiento del interés nacional, que justificó por el éxito de su política, han elevado más tarde su persona á la altura del puesto que ocupa, y dado á la dignidad imperial mayor lustre

que el que le viniere del solo título hereditario.

El Emperador es un joven estudioso que en la lucha argentina, tanto se ha ocupado de examinar la carta geográfica para la demarcación de límites y la marcha de los ejércitos, y los antecedentes militares y diplomáticos de la lucha, como de conocer los hombres que en ella figuraban, los intereses que se debatían y los elementos divergentes que pugnaban por triunfar entre sus vecinos.

Poetas, historiadores, publicistas, biógrafos argentinos, han sido en estos últimos años la materia predilecta del solaz y del estudio del Emperador, que empezó á ver bajo un nuevo punto de vista á este pueblo joven como él, y como él luchando con las contrariedades de una naturaleza virgen, donde las malicias amenazan sofocar á cada momento el árbol implantado por la civilización.

Lamas, literato, poeta, publicista, historiógrafo de las cosas de su patria, llegaba en buena hora para explicar los pasajes oscuros de aquel drama singular del sitio de Montevideo, sustituyendo á las vulgares y recibidas definiciones de salvajes unitarios y mazorqueros, de Gobiernos legales y de cabecillas, de porteños y orientales, la significación profunda, eminentemente social de aquellas luchas sangrientas.

No era el menor de los obstáculos con que el nuevo Enviado tenía que luchar, las preocupaciones invencibles de brasileros contra los españoles-americanos, desconfiando de ellos y de la duplicidad de carácter é inmorales miras y de medios que les atribuían en general. La obra más gloriosa de D. Andrés Lamas, aquella por la cual debemos estarles todos los argentinos profundamente agradecidos, es esa rehabilitación del carácter moral argentino, sostenida en todos los actos públicos y privados durante cuatro años, hasta hacer de su palabra de diplomático una garantía, de su consejo á los capitalistas una fianza para aventurar fondos.

Dos años, pues, pasó D. Andrés Lamas inapercibido en la corte del Brasil, desvaeciendo preocupaciones fatales, justificando hechos calumniados, propiciando á su patria la simpatía de los hombres de Estado del Brasil. Pero desde ese terreno conquistado, hasta la acción decidida, había un abismo. El Brasil vacilaba ante sus propios recuerdos, ante la insolencia inaudita de la política de Rosas; ante aquel vandalaje confesado y erigido en sistema, con que se amenazaba demoler el mal asentado Imperio; ante la falta de conciencia de su propio valer, que retenía al Gobierno imperial sin posición histórica en América, como sin representación diplomática en Europa.

Lamas en tanto hacía sentir su propio peso al Imperio, y por una lógica cerrada lo llevaba á la guerra para salvarlo de la guerra. Si el Gobierno de Buenos Aires respondiese con la guerra á las pacíficas y regulares exigencias del Brasil, para conservar la integridad del pacto de 1828, eso solo probaría que esa guerra es inevitable, y que habría sido locura sacrificar, queriendo evitarla, elementos poderosísimos; y que

(1) Proyecto de un nuevo Código de Procedimiento Penal para la República O. del Uruguay, por Alfredo Vázquez Acevedo, pag. XXV.

(2) Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina.

por el contrario, se haría para el Brasil una guerra nacional, altamente nacional, que reconcentraría la opinión de los Brasileños, que llevaría su espíritu y bríos sobre las divergencias internas y la exageración de las ideas.

Montevideo, asegurado de subsidios, era inexpugnable para Rosas; esto era evidente. Montevideo, libre de su poder, toda la bóveda elevada en diez años se venía abajo, por falta de coronación. Rosas no podría retroceder ni avanzar y aquel sitio era un jaque mate. Los elementos argentinos debían completar la obra. ¿Quién los encabezará?, le preguntaban.—Urquiza, respondía.—Pero Urquiza es su más fuerte apoyo.—Esa es la razón. Rosas ha venido absorbiendo las provincias y desarmándolas. Las necesidades de la lucha de Montevideo lo han forzado a poner las armas y el poder en manos de Urquiza, que ha dado batallas y creándose un ejército suyo, de este lado de los ríos. Urquiza es lo único que no ha avasallado; luego, el día que Rosas quiera terminar la obra de la centralización, habrá pugna entre los dos caudillos.

En nota de la Legación Oriental al Gobierno del Emperador, de 18 de abril de 1848, ya le decía: «Los elementos que hoy tienen ambas Repúblicas, y que si Rosas los absorbiese se tornarían irresistibles, están para sostener la política que aconsejo, á disposición del Brasil. Están para robustecerla los cansados habitantes del Estado Oriental, las cenizas, aun humeantes, de la Revolución argentina, que Rosas, en lugar de extinguir, alimenta con la sangre de los vencidos, que alevosa y cruelmente derrama sobre ellas, y ¿por qué no decirlo? El general Urquiza, visiblemente desavenido con la supremacía del Gobernador de Buenos Aires, está, sin duda, á punto de separarse, y lo tuviera ya separado, si la intervención europea se hubiese mostrado eficaz.»

Así, pues, Urquiza estaba prometido al Brasil por la diplomacia de Montevideo, desde 1848, en notas oficiales, como aliado seguro, inevitable; por la misma razón que su nombre figuraba en la prensa de Chile casi desde entonces, como el reivindicador de los derechos oprimidos de los pueblos, mucho antes de que él tuviera conciencia clara de su situación, aunque no le faltasen instintos vagos y previsiones de conservación y engrandecimiento.

El Brasil trepidaba, pero la nota de don Andrés Lamas de 15 de setiembre de 1851 tranquilizó los escrúpulos del Brasil; esa nota fué escrita con virilidad y heroísmo desesperado y convencido, que hacen de aquel fragmento histérico una página de Tácito.

He tenido el gusto de tratar de cerca al señor Lamas, á quien no vi sino una sola vez en Montevideo en 1846. ¡Cómo ha crecido desde ese entonces acá! ¡Cuánta prudencia, cuánta habilidad práctica le ha dado esta embajada al Brasil, que llena el episodio más glorioso de la Defensa de Montevideo, base de nuestra resurrección política!

La historia de esta misión es un monumento, y el hombre que su intrincada complicación ha creado, un tesoro para nues-

tros países.» —(Sarmiento, *Campaña del Ejército aliado de Sud América*.)

Uno de los beneficios más importantes que reportó á nuestro país los tratados del 51, fué el *reconocimiento formal* que se hizo del Estado Oriental pues al pactarse los tratados con el Gobierno Brasileiro, éste lo pactó con el Gobierno Oriental, reconocido por aquél en forma *virtual*; y, en efecto, ¿qué éramos nosotros como *Estado Soberano* hasta 1851?—Éramos un Estado semi-soberano, constituido á favor de una convención pactada entre los Gobiernos del Imperio del Brasil y el de la República Argentina y con la garantía de la Gran Bretaña.

La impopularidad de los tratados en nuestro país fué grande, trascendiendo muchas veces estos sentimientos en los hombres que ocupaban el Gobierno.

El Gobierno provisorio del general César Díaz en 1855, anuló los tratados, poniendo como condición *sine qua non* la rectificación de límites y la libre navegación de la Laguna Merim y río Yaguarón. Su programa revolucionario de 1857 proclamaba estas mismas ideas.

En 1857 el Dr. Lamas es de nuevo nombrado Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno del Brasil, para que negociara el tratado de comercio y navegación.

En *principio*, consiguió que el Brasil reconociese el derecho de la República á la libre navegación de la Laguna.

En 1856 había ya el Brasil concedido como una *concesión* hecha por el Emperador, la libre navegación, pero fué prohibida ésta en 1860.

Mucho se discute si el Brasil ha reconocido en *principio* la libre navegación de la Laguna; pero creo que remitiéndolos á la siguiente comunicación del Dr. Lamas, el punto queda resuelto, y es una base legítima para nuestras reclamaciones ante el Gobierno Brasileiro.

Decía el Dr. Lamas: «Las estipulaciones relativas á la navegación de la Laguna Merim y del Yaguarón, habían sido materia, no sólo de tormentosas discusiones y de serias dificultades, sino de verdadero conflicto; que más de una vez ellas pusieron en peligro la navegación entera.

Los artículos tal como hoy se encuentran en el tratado, fueron conquistados palabra por palabra.

Bajo el punto de *vista brasileiro*, la concesión era de suyo grave, y razón tenía para pretender aplazar *toda promesa*, teniendo por caducadas las anteriores, hasta que se consolidase sólidamente la paz, un orden regular y una política benévola en la República. En ese aplazamiento estaba firme el plenipotenciario brasileiro. Pero ese aplazamiento era de hecho, á mis ojos, una repulsa perentoria é insanalable.

Emplee, para combatirlo, todo mis recursos, y por último, hice de la concesión cuestión decisiva de política internacional. Esta cuestión, sometida á la resolución directa del Gobierno de su Majestad, produjo la adopción de los artículos 13 y 14 del tratado. Por el art. 13 el Brasil *reconoce en principio* la de esta misión, lo único que sacamos en efectivo, fué el pedido del general Flores para que el Brasil hiciera entrega de

la bandera de la patria, única que tenían y que figuraba como trofeo de guerra conquistada cuando el asalto de Paysandú. El gobierno brasileiro devolvió la bandera, pues ella no había sido tomada en guerra nacional, sino como aliados á un partido, cuya beligerancia reconoció y apoyó.»

El 15 de noviembre de 1889, cayó para siempre la dinastía de Braganza del trono brasileiro y con él la forma Imperial, entrando el Brasil á formar parte con sus hermanas del continente, por su forma y por su espíritu, en el concierto de las Repúblicas Americanas. Se creía que desapareciera la monarquía, desaparecería también su política de egoísmos, tendencias de grandeza y conquistas; que fácil nos sería llegar á un acuerdo justo y patriótico para ambas partes, en nuestro viejo pleito sobre límites, y que la nueva República inauguraría pronto una era de política generosa y liberal. Su revolución, hecha de un modo *tranquilo y sin efusión de sangre*, causó admiración y sorpresa en todo el mundo, haciéndonos la impresión de un pueblo realmente preparado para la vida republicana, y que seguro de su derecho, efectuaba la evolución de la Monarquía Constitucional á la República federativa. Sin embargo, los sucesos que inmediatamente se produjeron, desvanecieron por completo esa agradable ilusión, pudiéndosele aplicar á la República Brasileira la frase de un gran publicista: *Ce n'est pas la solution qu'approche, c'est le chaos qui commence.*

En efecto, su situación en lo que se refiere á su política interna, tan parecida á la nuestra en épocas pasadas, será á no dudarlo uno de los medios fáciles para provocar los futuros tratados. Sus movimientos políticos, toman proyecciones á cual más opuestas, desde la dictadura militar con todos sus atributos de fuerza y atropellos, al desmembramiento nacional que asoma por el sud de la vasta república, con la aspiración del pueblo de Río-Grande á constituir de nuevo su antigua *República del Piratini*.

Y para concluir, ya que me he permitido abusar de la benevolencia de mis oyentes, transcribiré el siguiente pensamiento, obra de uno de los más profundos pensadores Sud-Americanos: «El mapa de Sud-América tiene que variar; sucederán en él los mismos fenómenos que tienen lugar en los grandes sistemas siderales. Así como la materia cósmica difusa, se va poco á poco condensando al rededor de un foco de mayor poder de atracción, para formar nuevos mundos, así las modernas nacionalidades Sud-Americanas, unas se disgregarán y otras aumentarán, en virtud de esa misma fuerza de atracción que se opera, á favor de los grandes intereses comerciales y político.»

PABLO ZUFRIATEGUI (HIJO).

Octubre de 1895.

Tipó-Lito ORIENTAL, C. Treinta y Tres N.º 112, Montevideo